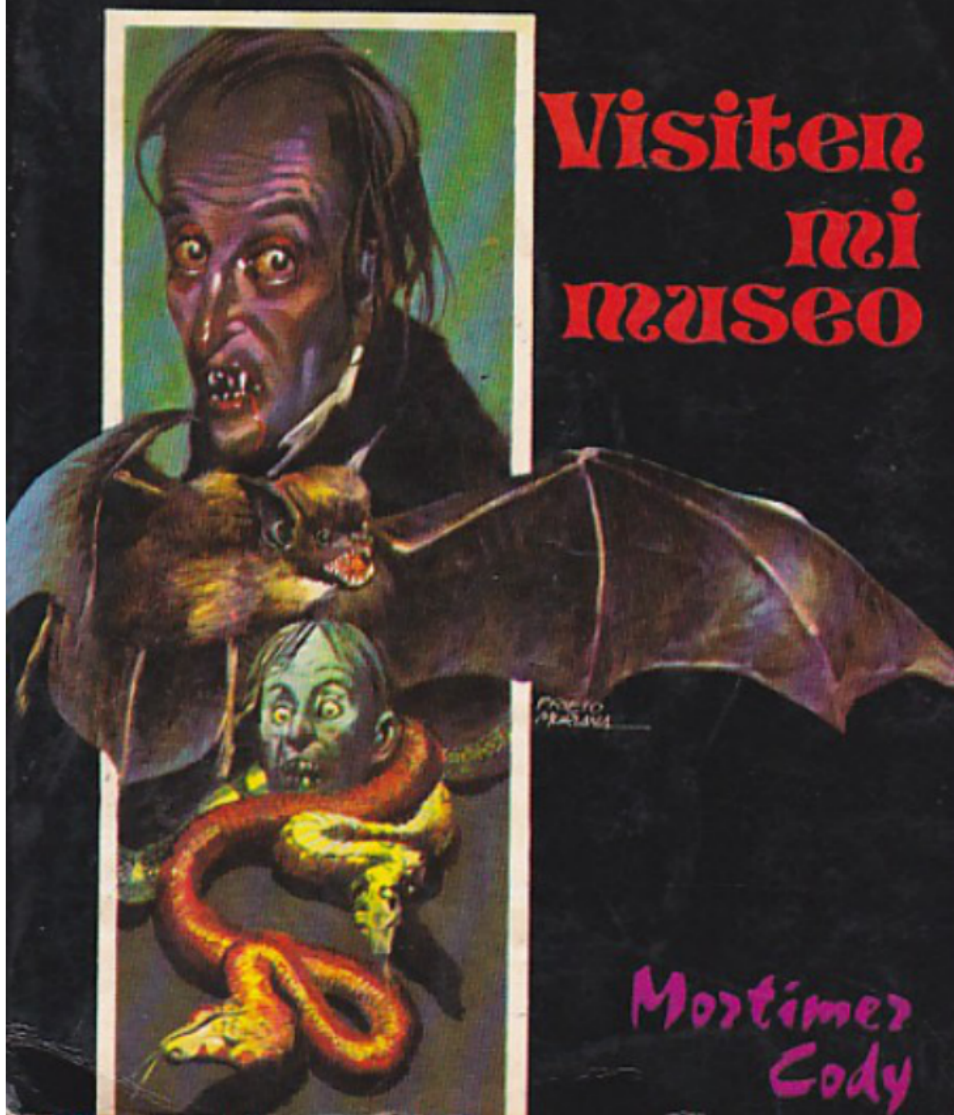


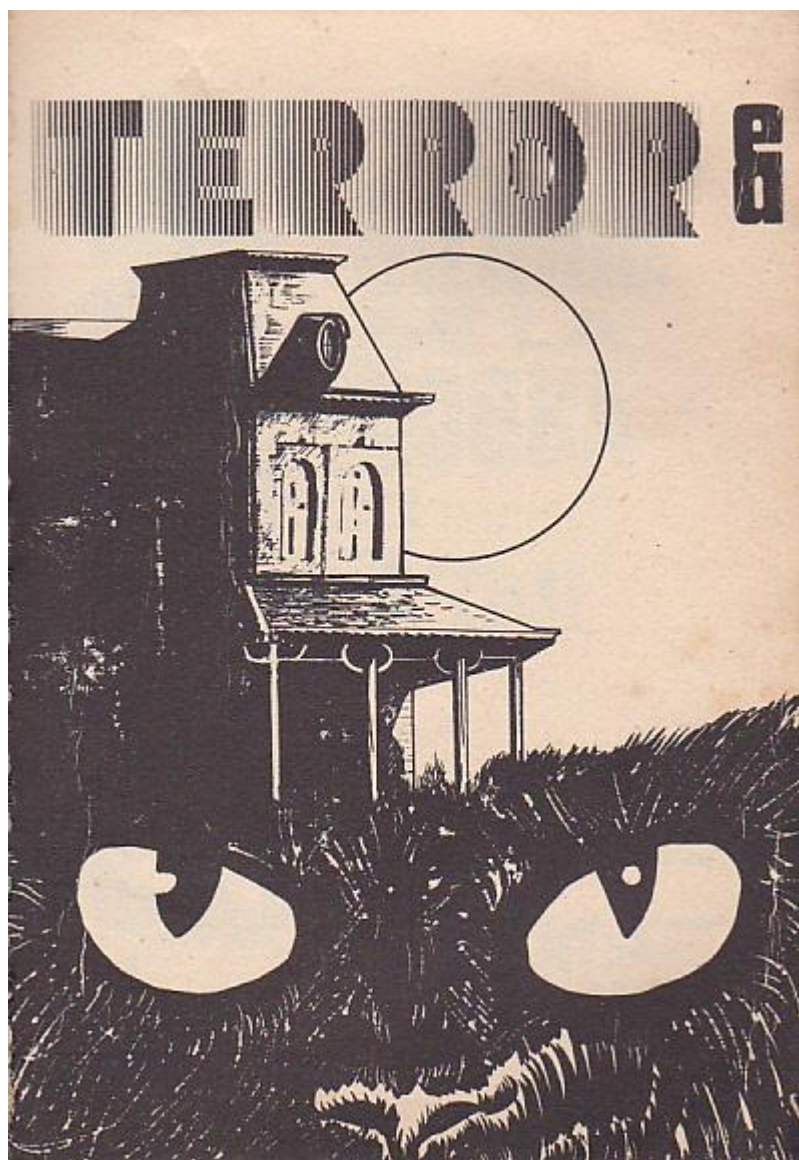
BOISILIBROS
ASA

TERROR

Visiten
mi
museo



Mortimer
Cody



Visiten mi museo

MORTIMER CODY

EDITORIAL ANDINA, S.A.

© Mortimer Cody - 1975

Derechos reservados por: EDITORIAL ANDINA, S. A. Polígono Industrial de Pinto PINTO (Madrid)

Director responsable: Gregorio Ovejero Jefe de redacción:

Manuel Rollán Publicación semanal Aparece los viernes I. S. B. N. 84-05-00454-8 Depósito legal: M. 26.124-1975 PWnted in Spain LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32 Fuenlabrada (MADRID)

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

Anohecía ya cuando el “Hillman-Minx”, biplaza, de un fuerte tono rojo, había tomado la pista de Seabright, bordeando Twin Lakes, en dirección al ranchito donde se alojaba la pareja.

Había sido una hermosa excursión, remontando el río San Lorenzo, pasando por entre gigantescas, asombrosas, “sequoias”, viendo montañas muy verdes, y todo bajo un sol magnífico, cuyo tono, en aquellos momentos, era de un rojizo suave, mientras se perdía, se iba, por detrás de los montes.

El auto, conducido por Dave, se dirigía al antiguo rancho, convertido en una especie de albergue, donde habían ido a recalar tras ciertas circunstancias. Tales circunstancias, al parecer, tenían bastante preocupada a la muchacha, a Ivy. Esta iba junto a Dave, silenciosa, fumando quizás con exceso, lo cual era una muestra de su nerviosismo.

Dave la miraba de soslayo con mucha frecuencia. Dave era un muchacho de veinticinco años, pelirrojo, con hombros de atleta, un tanto descuidado en su porte, pero sus ropas eran caras, de calidad. Ella, Ivy, tenía veintidós años, y era una rubita de agraciado rostro, inmensos ojos azules, y un cuerpo algo más que provocativo. En especial cuando, como aquella tarde, usaba su “shorts” claros, y aquel ligero jersey que se amoldaba a su busto. Ivy invitaba a la imaginación a trabajar.

—Ivy..., ¿puedo hacerte una pregunta? —inquirió, de pronto, Dave.

Ella se removió un poco en el asiento.

—Estoy inquieta, Dave—musitó—. Estoy...

—Espera. Lo que yo quiero preguntarte es si no eres feliz; si te arrepientes de lo que hemos hecho.

Ivy negaba con lentos movimientos de cabeza; dejó el cigarrillo en el cenicero, y dijo: —No es eso, Dave. Soy feliz, y no me arrepiento de nada... excepto de una cosa.

El la miró con viveza un instante; no podía desviar su atención de la rápida pista; aparte del tránsito, corría el riesgo de desviarse, y descender dentro del auto a alguno de aquellos laguitos de aguas que estaban oscureciendo por momentos.

—¿Qué cosa, Ivy? —inquirió.

—Se trata de mi padre, ya has debido imaginarlo.

—Yo también desafío a los míos —objetó Dave Brownrigg.

—Sí... Pero es distinto*, Dave. No sé cómo explicarme. Tus padres están acostumbrados a tus cosas, a tus ligerezas, a...

—Perdón, Ivy —cortó, grave, serio, Dave—, Esto no es una ligereza. No, al menos, por mi parte. Me duele que lo consideres así...

—¿Lo ves?, no sé explicarme... Escucha: Tus padres viven, se desenvuelven en otros ambientes muy distintos al de mi padre. A éste le conoces un poco... Es violento, con una dignidad quizás mal entendida, pero que enarbola con orgullo. Lo que hemos hecho nosotros, Dave, es algo que mi padre digerirá muy difícilmente... Sin eufemismos, lo nuestro es una escapada. Nos amamos, encontramos oposición a nuestra boda, y sin pensarlo demasiado huimos. Y tus padres, sin duda, considerarán, por su forma de pensar, que esto es una chiquillada tuya. Pero mi padre pensará que he cometido algo imperdonable, que atenta a su dignidad, a su...

—Vamos a casarnos, Ivy. Por tanto, tu padre tendrá que aceptar los hechos. Como los míos. Como todo el mundo. Dime, ¿eso es todo lo que te hace infeliz?

—No infeliz, Dave; pero sí me preocupa.

—Entonces, no se trata de algo que me concierna. No has dejado de quererme, por ejemplo.

La jovencísima Ivy Gowand sonrió; entornó los ojos. Tal vez las rubias de ojos azules tengan el cartel de poco apasionadas, pero Ivy asestaba un duro mazazo a tal teoría; por el brillo de sus ojos, que escapaba por entre los párpados entornados; por la rigidez de su cuerpo en aquellos momentos, por el temblor de su fresca boca...

—No lo habrás pensado en serio, Dave—susurró.

—No sé... Me torturaba esa duda. Todo puede resolverse, excepto que dejes de amarme.

Mis padres, el tuyo, la gente... Bah, eso no tiene importancia. Todo el mundo, con el tiempo, olvida y perdona.

Ivy cerró los ojos; cuando los abrió, parecía un poco triste.

—Dave reflexionó unos instantes. Inquirió luego: —¿Eso te ha de tranquilizar?

—Creo que sí. Por lo menos, mi padre sabrá dónde estoy, y qué hago. Me marché sin decirle nada, sin previa discusión. Ya estaba harta, claro, pero... Sé que está sufriendo mucho, Dave.

—Muy bien, llámale.

—No hay teléfono en el albergue...

—Estamos llegando, pues. Podemos seguir hasta Santa Cruz, y...

—No es necesario, Dave. Puedo ir sola. Es más: quiero ir sola. Por el camino pensaré cómo enfocar la situación. No será fácil hablarle a mi padre y tendré que vencer sus primeros momentos de orgullo, de sequedad, de fingida indiferencia... ¿Me dejas confeccionar el plan?

—Desde luego, Ivy.

—Eres muy amable. Te quiero... —acabó por susurrar, dejando que su cuerpo se ladeara hacia Dave.

Dave, con una sonrisilla que ocultaba algo muy intenso, dijo: —Si te acercas una pulgada más, cariño, nos damos el baño... Hablemos de tu plan.

Ella rió con suavidad, feliz. Murmuró:

—Sería muy romántico, pero poco positivo. En cuanto a mi plan, es muy simple. Tú te quedas en el albergue, te bañas, te cambias, y demás, mientras yo sigo con el coche hasta Santa Cruz. Solicito la llamada, y creo que en cuestión de hora y media puedo estar de regreso. Lo único que se retrasará un poco será la cena. ¿Te importa?

—En absoluto. Si así lo quieres, Ivy, por mí está bien.

—Gracias, Dave.

Ivy parecía haberse tranquilizado bastante. Habían dejado ya la pista de Seabright, y por un camino de tierra bien apisonada se dirigían hacia el rancho —albergue, aun no visible, ya que el camino trazaba unas curvas, y toda aquella región era boscosa.

Tardaron, sin embargo, tan sólo unos minutos en ver las luces del edificio principal. Un caserón remozado, modernizado hasta cierto punto, con algunos edificios anexos. Un antiguo rancho con poca historia que a alguien se le había ocurrido explotar como parador.

El “Hillman-Minx”, instantes más tarde, se detenía frente a la terraza principal del edificio. No había nadie allí; la terraza estaba a oscuras en los laterales, recibiendo sólo un poco de luz indirecta en el centro; luz proveniente del interior. Asimismo, las ventanas del piso estaban a oscuras.

Apenas se hubo detenido el auto, Ivy rodeó el cuello de Dave con ambos brazos, y le miró a los ojos.

—¿Te importa que me acerque ahora? —susurró, con sus labios casi tocando los del joven pelirrojo.

—Iba a pedírtelo...—dijo él, con voz ronca y tenue.

—Pues ya ves: no es necesario.

Un segundo más tarde, los labios de ambos estaban pegados. Un beso que significaba muchas cosas; un beso que Ivy alargaba. Ella misma fue quien puso fin, con un suspiro entrecortado, mientras que su jersey parecía ir a estallar. Pareció dispuesta a decir algo, pero lo único que hizo fue besar de nuevo a Dave, brevemente esta vez, y decir: —Hasta pronto, Dave.

—No tardes...

Dave había saltado a tierra; ella se situó frente al volante. Le sonrió, agitó un brazo, y maniobró para enfilar el camino en sentido inverso, dejando a Dave mirándola, mirando después el vacío, allí, a solas frente a la terraza.

Dave, tras un par de minutos de inmovilidad, acabó por resignarse,

y, sin prisas, se dirigió hacia la entrada del albergue.

Al entrar, ya se encontraba uno en un amplísimo vestíbulo-salón. Un lugar bien iluminado, con dos ventanales espaciosos, con un hogar de gran utilidad en los inviernos, con sillones, televisión en un rincón de la pieza...

También estaba el inevitable señor Mifflin, el dueño del albergue; aquel pobre hombre paralítico, sentado en su silla de ruedas. Una confortable silla, evidentemente. Y aun con el calor, el señor Mifflin tapaba sus piernas, tullidas, inútiles, con una manta a cuadros, predominando el rojo.

El señor Mifflin debió ser un hombre corpulento, enérgico. De él quedaba la osamenta, una cabellera gris, unos ojos llenos de ansiedad, de oscura ansiedad. Su invalidez, era obvio, le convertía en un hombre susceptible, quisquilloso, difícil de tratar.

No obstante, el señor Mifflin comprendía muy bien que para la buena marcha de su negocio su actitud con los clientes debía ser distinta; incluso amable, por supuesto. De ahí que consiguiera una sonrisa, y saludara a Dave: —¿De regreso, señor Brownrigg?

—Sí. Gracias por su sugerencia, señor Mifflin. La excursión ha sido deliciosa. Seguiré sus consejos en próximas ocasiones.

—Conozco esto un poco... Pero, ¿llega solo?

—Miss Gowand necesitaba telefonar.

—Comprendo. Supongo que es una incomodidad para mis clientes el hecho de no disponer de teléfono en el albergue... No obstante, ha llegado aquí mucha gente que se alegraba del detalle. Más tranquilidad. En fin, no se puede complacer a todo el mundo.

—Indiscutiblemente, así es, señor Mifflin—sonrió Dave—, Discúlpeme ahora. He sudado un poco, y he tragado polvo...

—Si necesita algo, llame a Roscoe. El le...

—Sólo un baño y cambiarme de ropa —cortó Dave—, Eso sí, dígame que retrase un poco la cena.

—Descuide, señor Brownrigg.

—Gracias.

Dave hizo un leve gesto de despedida, y se encaminó hacia las escaleras; como todo el edificio, estaban remozadas. Ni crujían, ni tenían huecos, ni eran incómodas; más bien planas, largas. Arriba, había un pasillo y un distribuidor. Las seis habitaciones disponibles para huéspedes se encontraban en aquel piso.

Dave e Ivy habían ocupado las mejores, puesto que en aquellos momentos eran los únicos clientes del señor Mifflin.

Dave fue hacia la suya. Entró ya quitándose la camisa, con polvo y huellas de sudor, en efecto.

Pensando en sus cosas, aunque casi con predominio absoluto en lo relativo a Ivy, se desnudó totalmente, para dirigirse hacia el cuarto de

baño. Los cuartos de baño eran, en el rancho-albergue, lo más moderno y bien acondicionado. Resultaban sorprendentes, incluso.

Aquel, tenía una bañera color marfil. Ivy había elegido su habitación por el color malva de su bañera y otros servicios.

Espejos luces, comodidad... Sí, fue una agradable sorpresa. Y Dave empezó por abrir el grifo del agua caliente, pensando que no debía tardar en agarrar a Ivy, y presentarse en la antigua misión franciscana de Santa Cruz, para contraer matrimonio; entre otras cosas, era la forma de no separarse por las noches...

Humeaba el agua caliente, el vapor humedecía el ambiente. Luego, Dave Brownrigg graduó la temperatura con agua fría; se daría un buen baño, y luego una reconfortante ducha fría, según su costumbre. Y allí estaba ya, entre espuma, olorosa espuma, con el agua a temperatura adecuada, dejando grasas y molestias de la piel...

Incluso cerró los ojos, para aumentar la sensación de placer.

Y ocurrió un minuto más tarde. Eran unos siseos.

Extraños siseos, a los que Dave, por el momento, no prestaba demasiada atención.

Pero aumentaban, parecían acercarse; siseos cada vez más furiosos...

Dave Brownrigg tuvo que abrir los ojos. Podía haber escapes de agua o de gas, o...

Quedó petrificado; quedó con el rostro tan blanco como la espuma que le cubría casi totalmente.

Y a continuación; exhaló un ronco grito de sorpresa, de pánico, al descubrir el motivo de aquellos siseos crecientes obsesionantes.

Su inmovilidad era total; parecía que de pronto la espuma que le cubría pesaba tanto como el plomo; la aplastaba, le inmovilizaba. Sus ojos color vino estaban dilatados, saltones.

Estaban por el techo, descendiendo por la pared Provenían de varios orificios abiertos; orificios redondos practicados en aquellas paredes de azulejo sarigrafiado, a tono con el marfil de la bañera; provenían de algo imposible... Quizás sólo de una absurda pesadilla de Dave Brownrigg, que miraba aquellas dos grandes víboras deslizándose hacia él, con la cabeza enhiesta, la lengua bífida como antena... Y miraba aquella media docena de viboreznos que parecían seguir a sus respectivas madres... Viboreznos cuya actitud era tan peligrosa o más que la de las víboras. Pequeños reptiles venenosos, llenos de furia que lanzaban sus lengüetazos de rabia, de ferocidad...

Por fin, Brownrigg consiguió reaccionar.

Desnudo, cubierto de deslizante espuma, saltó de la bañera, y estuvo a punto de romperse la cabeza, por un resbalón que le dejó junto a la puerta del cuarto de baño.

Quiso abrir.

Lo intentó con todas sus fuerzas.

Imposible... ¡Imposible!

Y aquellas víboras y viboreznos cada vez más cerca, más amenazadores.

Tenía que abrir... ¡Tenía que abrir aquella maldita puerta! ¿Cómo era posible que no pudiese?

Empezó a gritar, con el rostro desencajado; con la espuma mezclándose con su sudor; con el pánico agarrado a su cuello, al pecho, dificultando su respiración, sus gritos.

—¡Roscoe...! ¡Roscoe, auxilio...! ¡ROSCOE...!

Forcejeó, lloró, siguió gritando.

Era inútil.

Estaba encerrado en aquel nido de víboras.

—¡ROSCOE... TIENE QUE SACARME DE AQUI...!

Sus gritos, su actitud, su extraño aspecto, parecían enfurecer más a los reptiles venenosos, y fue el primero un viborezno de media yarda de longitud, el que clavó sus colmillos en la paletilla derecha de Dave, quien se revolvió gritando, aterrado. Y cayó el segundo sobre su cuello clavando los colmillos. Y el tercero...

Lleno de pánico, de asco, llorosos los ojos, estrangulada la voz en su garganta, Dave Brownrigg trataba de desprenderse a manotazos de aquellos repugnantes y mortíferos bichos. Se sacudió al de la paletilla, y a otro que tenía clavado en la cintura, mientras que el del cuello se mostraba más pertinaz, doloroso, maligno...

Y una de las víboras, para no perder presa, quizás, actuó de pronto, lanzando la cabeza, abierta la boca, silbando, hacia el pecho de Dave, quien recibió el golpe y la mordedura.

Gritó, ronca, sin fuerzas, desesperado, nublado el cerebro por el terror, por la incompreensión, orificios abiertos; orificios redondos, practicados en aquellas paredes de azulejo serigrafiado, a tono con el marfil de la bañera; provenían de algo imposible...

Quizás víbora adulta, rodeado, mordido, con aquellos cuerpos serpenteantes prendidos a él, corrió hacia la bañera.

El baño de espuma no gustaría a las víboras...

Se lanzó a la bañera, y, en efecto, cesaron las mordeduras; pero se las víboras.

Pequeños reptiles venenosos, llenos de furia, que lanzaban sus lengüetazos cierto de la muerte por envenenamiento...

Pero tenía que asomar; no podía más, sus pulmones iban a estallar...

Desnudo, cubierto de deslizante espuma, saltó de la bañera, y estuvo a tan agradable el sabor de la espuma como su olor... Y las víboras al ataque. ¡Tenía que ocultarse otra vez...!

Iba a morir... Ahogado, o destrozado por las víboras y sus crías...

Iba a morir, iba a morir, iba a morir...

*

—No responden, señorita. ¿Sigo insistiendo?

Era la voz de la telefonista.

Empezó a gritar, con el rostro desenchajado; con la espuma mezclándose con a Dave; se preocupar a...

—¿Insisto, señorita? —repitió la operadora.

—No. No, déjelo... Gracias.

Ivy abandonó el locutorio insatisfecha, con la impresión de que le faltaba algo.

Mientras se dirigía hacia el auto, estacionado en Rodeo Street, pensaba que, en definitiva, una noche más de ausencia de su casa sin haber dejado una mala nota a su padre no iba a empeorar las cosas.

Se introdujo en el "Hillman-Minx", lo puso en marcha, y poco después rodaba, con luz larga, por la carretera, en dirección a la pista de los Twin Lakes. Cuando llegó a la vista.

Unas pocas luces, una terraza solitaria, con sombras en los extremos, paz, silencio...

Dejó el auto en el garaje, y caminó airoso hacia la entrada del albergue. Poco después, se encontraba con la mirada del señor Mifflin, que la acogía con afabilidad.

—Buenas noches, miss Gowand. ¿Ya comunicó por teléfono? —se interesó el inválido.

—No lo he conseguido. Insistiré mañana. ¿Ha visto al señor Brownrigg?

—Hace mucho rato. Subió a su habitación.

—Gracias.

—Diré a Roscoe que les prepare ya la cena.

—Sí, si es tan amable. Yo estaré lista antes de cinco minutos.

Subía al piso con la sensación que de una mirada estaba clavada en sus piernas. Bien, estaba acostumbrada a ello. Por tanto, no era nada que la alterase. Poco después, ya en el distribuidor, buscó con la mirada la luz que debía filtrarse por los bajos de la puerta del cuarto de Dave, sin ver nada. Se acercó a la puerta, y llamó con los nudillos.

No obtuvo respuesta. Era muy poco probable que Dave se hubiese quedado dormido.

Insistió, con los nudillos, y de viva voz:

—¡Dave...! Dave, ¿estás listo? Soy Ivy...

La respuesta era la misma: silencio.

—¡Dave! —se impacientó, llamando más fuerte, golpeando con nerviosismo.

Pero era inútil.

CAPITULO 2

COMO consecuencia del más que discreto escándalo que estaba armando la joven Ivy, se produjo la llegada de Roscoe.

Roscoe era un hombre alto, cargado de espaldas, vestido con una especie de uniforme negro, de camarero; camisa blanca, lazo al cuello, también negro. Negro como su cabello; incluso extrañamente negro, ya que Roscoe no era ya demasiado joven. Tema un terrible ceño, negro también, y, en general, un aspecto adusto, caso hosco.

Ivy le veía llegar, y empezó a estrujarse las manos.

La voz de Roscoe, densa, grave, correspondía a su aspecto: — ¿Sucedé algo, miss Gowand? —inquirió—, ¿Puedo ayudarla? Oí que...

—Sí... Sí, Roscoe... Me temo que algo ocurre con el señor Brownrigg; no responde. O quizás usted le ha visto salir.

—No. Ni entrar. Lo único que sé es que míster Mifflin me ordenó que Cuando llegó a la vista del rancho-albergue, nada había cambiado allí, por lo menos a simple vista. Unas pocas luces, una terraza solitaria, con sombras en los sus golpes, y sus gritos...

Ivy musitó:

—Quizás me he asustado por nada. Pero debería estar aquí. Aun de haberse dormido, le habríamos despertado, Roscoe...

—No hay duda. Tal vez haya salido a dar una vuelta. Por lo menos es la única explicación que se me ocurre.

—Es raro... Voy a abrir, Roscoe.

—Como guste, miss Gowand.

Ivy no lo pensó más. La única actitud lógica de Dave; lo único que ella esperaba de Dave, es que éste la estuviera esperando en la terraza. Lo demás, se apartaba de lo normal. Y le parecía absurda la sugerencia de Roscoe: Dave, a solas, sin Ivy, no iba a dar vueltas...

De ahí que la joven hiciese girar el pomo, abriendo la puerta de aquel dormitorio; encendió la luz a continuación.

Su mirada, como la de Roscoe, vagó por una estancia vacía. Vacía e intacta. Nada denotaba la presencia allí de Dave. No obstante, Ivy se adentró en el dormitorio, acercándose al cuarto de baño, también a oscuras.

—¡Dave! —llamó.

Ante el silencio, giró un poco, mirando a Roscoe. Se encontraron las miradas de ambos; había inexpressividad, incomprensión, en la del criado. Y desconcierto e inquietud en la de Ivy.

—No lo comprendo... —musitó la joven, mordiendo el labio inferior.

Decidida, empujó la puerta del cuarto de baño.

Bien, tampoco allí estaba Dave Brownrigg.

El cuarto de baño aparecía intacto, con su magnífica bañera color marfil, los espejos, el suelo... Ni rastro de Dave.

Ivy cerró la puerta, y dijo:

—Quizá usted este en lo cierto, Roscoe: ha debido salir a dar una vuelta. Y a pie, naturalmente, puesto que el auto lo usaba yo. Iré a su encuentro —sonrió un poco forzosamente, y agregó—: Sería ridículo que se hubiese extraviado por los bosques...

—No quiero asustarla, miss Gowand, pero no sería el primer caso. Ha habido algún imprudente que ha movilizado a todas las patrullas de Santa Cruz. Si me necesita... Cuatro ojos ven más que dos, ya sabe.

—Quizás sea prudente que me acompañe, Roscoe, si ello no le molesta, o...

—En absoluto. Iré con usted con mucho gusto.

—No perdamos tiempo, entonces.

Roscoe ya iba hacia la puerta del dormitorio. Ivy echó un vistazo en torno, sólo para llegar a la conclusión, a juzgar por el perfecto orden de todo, que Dave ni se había bañado, ni se había cambiado de ropas. Subió a su cuarto, y... La incógnita seguía inquietando a Ivy, que siguió a Roscoe, llegando juntos al vestíbulo-salón, donde estaba el señor Mifflin, con unas gafas de montura metálica, redondas, anacrónicas, leyendo el periódico. Les miró a ambos.

—¿Y el señor Brownrigg? —inquirió.

—Vamos a buscarle —dijo Ivy—. Empezamos a creer que se ha perdido en el bosque.

Sin embargo, ¿usted le vio salir, señor Mifflin?

—No. Pero no he estado aquí todo el rato; fui a cenar a la cocina, con Roscoe... Por favor, deje de preocuparse, miss Gowand; imposible que haya ocurrido algo. Imposible.

Por estos bosques, además, no hay alimañas. Comadreja inofensivas todo lo más.

—Eso me tranquiliza, pero vamos a salir a buscarle—dijo Ivy, con una sonrisa que se dibujó con dificultad en sus bonitos labios.

—Roscoe, ve con miss Gowand, y...

—Está previsto, señor. Llevaré linternas, y un amplificador. El señor Brownrigg tendrá que vernos u oírnos. No creo que tardemos más de media hora en regresar con el señor Brownrigg, pero si quiere que le ayude antes a acostarse.

—No, no. Esperaré. O me las arreglaría solo. Vayan; veo que miss Gowand está muy nerviosa.

No tardaron media hora, sino casi dos. El furgón del albergue era más apto para aquellos caminos, para algunos vericuetos de los bosques próximos, y dieron una buena batida, siempre con luz larga, haciendo señales luminosas con las linternas. Además, Ivy se había pasado casi las dos horas llamando a Dave por el amplificador; su voz había resonado en el bosque, causando el pánico de los bichos, truncando, alterando, un silencio tranquilo.

De regreso al albergue, Ivy viajaba encogida en su asiento, contiguo al de Roscoe, que conducía. La joven hacía esfuerzos por no dejarse arrebatar por la inquietud, pero de vez en cuando se estremecía, sin comprender.

Aunque..., ¿por qué no?, ella misma era la culpable de todo, y Dave, descontento por lo que ella había ido a hacer a Santa Cruz, se había marchado, abandonándola...

Abandonándola.

Ivy sintió que acudían lágrimas a sus ojos. ¿Era posible?

Pero había detalles... Por ejemplo, Dave había dejado su equipaje en la habitación del albergue; no era lógico en una fuga.

Roscoe la miraba de vez en cuando. Pese a su semblante adusto, hosco, su voz trató de sonar amable, tranquilizadora:

—No se inquiete, miss Gowand. Lo más probable es que cuando lleguemos al albergue nos esté esperando.

—Ojalá, Roscoe —consiguió articular Ivy, aunque en absoluto de acuerdo con el optimismo de Roscoe.

—Anímesese. No pasará de una anécdota —siguió amable Roscoe.

Ella le dirigió una desvaída sonrisa.

No volvió a despegar los labios. Estaban ya a la vista del albergue y allí todo seguía desesperadamente igual. Todo. La luz en el ventanal del salón, la terraza a oscuras en los extremos, ninguna luz en las ventanas de las habitaciones, el mismo silencio, aquella soledad... Ivy sintió un escalofrío. De pronto, aquel rancho-albergue donde fue a parar con Dave, para horas de amor, se convertía en su mente en una sórdida casona, donde todo podía convertirse en angustia.

—No está...—dijo, con un hilo de voz.

—Puede estar en el interior...

—Por favor, Roscoe —cortó Ivy ¡No está! De encontrarse ahí habría salido a recibirnos, puesto que el ruido del motor es ya muy audible. ¡No está!

Roscoe meneó la cabeza.

—Lo siento... ¿Cree que debemos avisar a las patrullas, miss Gowand, o...?

—No aun. En primer lugar, porque su desaparición, si es tal, se ha producido hace sólo unas pocas horas. No sé... Puede estar en algún lugar que no imagino ahora. Y en segundo término, porque... porque

temo que yo tenga alguna culpa de esto... —contuvo un sollozo a duras penas.

Roscoe la miró, pero se mostró discreto.

Parecía que se limitaba a pensar que aquello era cosa de jóvenes algo alocados, simplemente. Con esa explicación, Roscoe se daba por satisfecho. Dejó que Ivy se apeara frente a la terraza, y él prosiguió en dirección al garaje.

Ivy penetró en el albergue; un rápido vistazo le descubrió el cuadro desolador que ya conocía: el viejo tullido, inválido, solo, dormitando, dando cabezadas en su silla de ruedas. Ivy se acercaba. Mifflin se sobresaltó; pareció desconcertado un instante, para volver a la realidad. Antes de despegar los labios, escrutó el rostro de Ivy.

—Nada... —musitó.

—No.

El señor Mifflin se veía indeciso; parecía que también empezaba a preocuparse.

—Es extraño... Roscoe podría acompañarla a Santa Cruz, y...

—No. Ya he hablado de esto con Roscoe, señor Mifflin —dijo la muchacha, atajando al señor Mifflin—, Hay..., hay algo que no he hecho, y quizás sea lo primero que debí mirar...

Voy a mi cuarto un instante.

Sin que el señor Mifflin tratase de detenerla, o hacerle preguntas, Ivy echó a correr.

Aquella vez, ofuscada con sus negras ideas, no percibió la mirada en sus piernas. Pero la mirada oscura, ansiosa, del inválido no se apartaba de los muslos de Ivy, hasta que ella desapareció en lo alto del tramo.

Ivy corrió a su cuarto; aquella idea se le había ocurrido de pronto. Y era la teoría más acertada hasta el momento. Sí, eso era lo que había hecho Dave...

La joven abrió la puerta de su dormitorio, encendió la luz, y se dirigió con paso rápido hacia la mesita de noche.

Pues no. No estaba allí la nota que esperaba encontrar; la nota en que Dave le comunicaría su decisión. Estuvo segura, durante unos minutos, de que Dave le habría dejado algo escrito, pero no era así.

Busco por todo el cuarto, incluida la pieza de baño, soberbia lujosa, con la bañera y lavabo color malva... Ni nota, ni rastro de Dave, ni una explicación medianamente lógica para aquella ausencia. Y ello fue causa de que Ivy se sintiera débil, con deseos de llorar; también una tanto asustada.

Cuando bajó al vestíbulo, estaban allí Roscoe y el señor Mifflin, ambos silenciosos, esperaban alguna explicación. Ivy se limitó a negar con un movimiento —Sé lo que hago, señorita —fue la respuesta, un poco seca que obtuvo, le pareció pesada, viscosa... Incluso aquellos

dos hombres empezaban a producirle miedo.

Tuvo que sacudir la cabeza para alejar aquellas absurdas aprensiones.

Se oyó la voz de Roscoe:

—¿Le preparo la cena, miss Gowand?

—No... No, gracias, Roscoe. He perdido el apetito.

—Si pudiéramos hacer algo...—empezó el señor Mifflin.

Ella le miró un instante; sólo un instante. Temió que se notase en sus ojos el escepticismo que sentía. ¿Qué podía hacer aquel hombre tullido con su silla de ruedas?

—Subo... subo a mi habitación —murmuró Ivy—, Si Dave no regresa esta noche, yo...

De todas maneras, mañana he de volver a Santa Cruz. Les ruego que perdonen estas molestias.

Giró, y se dirigió hacia las escaleras.

No hubo una palabra más.

La seguían las miradas, y el silencio.

*

—No responden, señorita. ¿Insisto?

—Sí, sí, por favor. Espero.

En el locutorio, en Rodeo Street, Santa Cruz, la joven Ivy cerró los ojos. Se sentía abrumada. En realidad, no debería sospechar aquello: era dudar de todo y de todos...

Era ver derrumbarse una majestuosa montaña. Dudar de su padre era como el fin de muchas cosas.

Su padre no está en su casa, en San Francisco. ¡No estaba! Ni la noche anterior, ni aquella mañana... ¿Dónde estaba? ¿Dónde?

Aquella pregunta, sin respuesta por el momento, era la que mortificaba a Ivy, la que la torturaba. Y la sospecha..., aquella cruel sospecha, que incluso le producía dolor. Su padre no estaba... Pudo haberles localizado a ella y a Dave, y... Por Dios, no...

Ivy sacudía la cabeza. No podía sospechar aquello de su padre. Sabía que éste estaría herido en lo más hondo; triste, furioso... Pero no podía ser que...

El timbre del teléfono. Lo tomó con auténtica ansiedad.

—¡Hola! ¿Papá?

—No, señorita. Sigue sin responder.

Ivy notó temblor en sus manos, flojedad en las piernas.

—¿Está segura de no equivocarse? —susurró.

—Sé lo que hago, señorita —fue la respuesta, un poco seca que obtuvo.

—Perdone... En este caso, le ruego que trate de comunicarme con el 889020 de San Francisco.

—Está bien.

—Gracias...

Allí sí respondieron. Era temprano, y los Brownrigg aun estaban en su casa. El señor Brownrigg aun no había salido para sus múltiples negocios, todos ellos relacionados con la uva de consumo como frutal, y su conservación como pasas. Negocios prosaicos, ciertamente, pero con un alto índice de beneficios, que era lo que interesaba; por lo menos, así solía afirmarlo el importante e imponente señor Brownrigg, cuya voz, en aquellos momentos, llegaba a oídos de Ivy:

—¿Sí? ¿Quién es? No serás el golfo de Dave, ¿eh?

—Señor Brownrigg... —dijo, con vocecilla, Ivy, atemorizada.

—Oh, vaya... Vaya, vaya... La mosquita muerta, ¿eh? La insensata la pequeña Ivy Gowand... ¡Te advertí! ¡Te dije que dejaras en paz a Dave, o tendrías que lamentarlo!

Escucha, si vas a venirme con alguna reclamación, sólo tengo algo que decirte: haberlo pensado antes, haberme escuchado. Por tanto...

—Señor Brownrigg, se lo suplico, déjeme hablar... —casi lloró Ivy.

—Está bien, ¿qué ocurre? ¿Dónde estáis? ¿O acaso Dave no está contigo?

—Sí, sí... Es decir, estaba...

—¡Te ha plantado! ¡No te mereces otra cosa! ¡Y lo siento, pero estoy muy ocupado. Así que...

—Señor Brownrigg, no es lo que usted cree. Por favor, présteme atención un minuto...

Su hijo, Dave, no me ha plantado. No, no es eso. E-es... es algo que... Es más grave, señor Brownrigg: su hijo ha desaparecido.

Se produjo un silencio.

Por fin, la voz de Brownrigg:

—¿Cómo dices? ¿Desaparecido?

—S-s-s-sí...

—No comprendo, Ivy. ¿Quieres explicarte?

—Ojalá pudiera, señor Brownrigg... ¡Ojalá! —y dejó escapar un sollozo—. Estábamos alojados en un albergue... En las proximidades de Twin Lakes; un antiguo rancho remozado. Anoche desapareció, mientras yo estaba en Santa Cruz, intentando comunicar con mi padre... No sé qué hacer... He pensado avisar a la policía, pero antes he querido hablar con usted... Me consideraba obligada a decírselo.

—Ivy..., no seas ingenua... Dave te ha plantado.

—No, no, no... No, señor Brownrigg. En el albergue está todo su equipaje Además... —titubeó un poco—. Además nos amamos. Ya sé que a ustedes esto les parece ridículo que no lo entienden, que...

—Espera —se oyó el gruñido de Brownrigg—, Lo que estás intentando decirme es que a Dave ha podido ocurrirle algo. ¿Es eso?

—Sí... ¡Ha tenido que ocurrirle algo...! —gimió Ivy.

Se oyó un resoplido de furia al otro lado del hilo.

—Pequeña..., si por tu culpa a mi hijo le ha ocurrido alguna cosa, tendrás que sentirlo.

Así que en un rancho remozado en los alrededores de Twin Lakes, Santa Cruz County, ¿eh?

—Sí, señor.

—Nos veremos, entonces Ivy.

—Mientras, avisaré a la policía, y...

—¡Yo haré lo que debe hacerse! —aulló aquel hombre.

—Lo que usted diga, señor...

El sonido metálico del teléfono al ser colgado hirió el tímpano del oído derecho de Ivy, la cual, muy pálida, aún con temblor en las manos, colgó a su vez. Su primitiva intención había sido correr a la policía, después de haber efectuado las llamadas. Pero no se atrevía a contrariar en nada a míster Brownrigg...

Sí..., quizás había sido un error enamorarse de Dave...

Y lloraba cuando se dirigía hacia su auto descapotable, tras haber abandonado el locutorio.

Se metió en el auto, y tras una corta vacilación decidió dirigirse hacia el albergue, manteniendo aún la tenue esperanza de que Dave estuviera allí para recibirla. En un segundo de optimismo, pensó que quizás se había precipitado al comunicar la noticia a míster Brownrigg, pero ojalá todo acabara así: simple precipitación por su parte.

Tardó algo más de media hora en llegar al albergue.

Lucía el sol, pero unos negros nubarrones situados sobre bosques y montañas hacían presagiar que aquel color amarillo duraría poco rato. Iba a descargar una tormenta.

De todos modos, eso preocupaba muy poco a Ivy. Su ansiosa mirada azul escudriñó la terraza, los rincones. No. No estaba Dave. El pelirrojo sonriente, que la amaba, que le había dado abundantes pruebas de ello, no estaba allí.

Seguía, por tanto, el vacío, la soledad.

Y todo, ante su mirada, parecía más pequeño, lúgubre, mezquino, sórdido.

Fue al garaje a dejar el auto, y observó que el sol ya había desaparecido tras los nubarrones morados de las montañas; un sarmentoso relámpago apareció ya; el trueno, muy lejano, llegó como un rumor de amenaza.

Ivy, encogida, llorosa aún, corrió hacia la casa.

El señor Mifflin, el inválido, el dueño del albergue, no estaba. Se levantaba más tarde. La recibió Roscoe, con interés.

—¿Ha logrado algo, miss Gowand? —inquirió.

—Nada Roscoe.

—¿Ha comunicado lo ocurrido a la policía?

—Aun no... Creo..., creo que hoy mismo llegarán aquí algunas personas, Roscoe. Ellos decidirán. Si es tan amable, disponga habitaciones... Yo... yo me retiro ahora.

Y corrió escaleras arriba. Un minuto después, con la cara pegada al cristal de la ventana de su cuarto, veía caer las primeras gotas de la tormenta; enormes gotas, que golpeaban con fuerza en los cristales. En pocos minutos, todo fue una completa bruma.

CAPITULO 3

LOS Brownrigg llegaron acompañados de un tipo un tanto misterioso, y algo absurdo; un hombrecillo de viva y escudriñadora mirada, que apenas llegar, y sin decir una palabra, parecía querer constituirse en dueño de la situación.

La distancia que separa San Francisco de Santa Cruz es de unas ochenta millas, y lo lógico hubiese sido que los Brownrigg hubiesen llegado con puntualidad sobrada a la hora del almuerzo. No obstante, la tormenta les retrasó un poco. Fueron recibidos por Roscoe, circunspecto, serio, grave, ya que aquella mañana el señor Mifflin no parecía encontrarse bien.

Roscoe se ocupó de mostrar sus habitaciones a los nuevos huéspedes. Ivy, retorciéndose las manos, iba en todo momento detrás del señor Brownrigg, tratando de darle explicaciones.

Míster Brownrigg, era pelirrojo, como Dave, pero mucho más corpulento; un hombre elegante, de mirada gris, y dura que, a sus cincuenta años, parecía encontrarse en plenitud de facultades. En cuanto a la señora Brownrigg, Laura, era una dama todo suspiros, y si no delicada, sí lo bastante frágil como para temer por sus costillas cuando estuviera en brazos de míster Brownrigg.

—... Y este es el cuarto que ocupaba Dave, míster Brownrigg — explicaba Ivy, muy nerviosa—. Vea. Todo su equipaje está aquí. Me... me he atrevido a registrar a echar un vistazo, y tiene el dinero intacto. En una supuesta huida, Dave no se hubiese dejado el dinero, señor Brownrigg, eso me preocupa aún más.

Brownrigg miró con frialdad a Ivy; apretó los labios, quizás haciendo un esfuerzo por no mostrarse grosero con aquella criatura que tenía los ojos llenos de lágrimas, que estaba angustiada. Se dirigió al hombrecillo que había llegado con ellos, y gruñó: —Examine todo esto, McLeigh. Intente ir sacando conclusiones.

—Sí, míster Brownrigg. Ahora mismo.

—Iremos a almorzar primero. Los caprichos de mi hijo no me quitan el apetito. ¡Y tú Laura, deja de suspirar! ¡Me crispas los nervios!

La señora Brownrigg se mordió los labios, y volvió la frágil espalda a su esposo. Tenía cuarenta y seis años, y un cutis aun fresco una figura más que aceptable, a lo que contribuía su elegancia.

—¿No va a avisar a la policía, míster Brownrigg? —inquirió, con voz ahogada, Ivy.

Brownrigg la miraba, frunciendo el ceño; la miró de arriba a abajo. Masculló: —Yo sé lo que hago. Pueden haber ocurrido muchas cosas, y me conviene, de momento, actuar con discreción. En adelante, muñeca, es mejor que cierres la boca, y procura no molestar. Dicho más claramente: cuanto menos te vea, mejor. Tú y mi hijo...

Vamos, Laura.

Laura dirigió una húmeda mirada a Ivy, que estaba palidísima. La señora Brownrigg, sin que se mostrase decidida, en su opinión, era quizás la única persona que no tenía excesivos reparos que oponer a la boda de Dave e Ivy. La señora Brownrigg tenía sus motivos, que se basaban de modo especial en la comprensión; porque su historia, por ejemplo, tenía en muchos aspectos los suficientes puntos de contacto con la ley de Ivy.

Esta devolvió a Laura una mirada llena de zozobra; le pedía ayuda claramente, pero Laura no podía despegar los labios, era algo así como el perrillo de lujo de su marido. Todo el mundo era perrillo de Brownrigg, al parecer; como aquel hombre, el tal McLeigh, que no rechistó al recibir las órdenes de dejarlo todo de momento, para realizar algo tan importante como el almuerzo.

Los Brownrigg, con McLeigh, fueron al comedor del albergue. Por su parte Ivy descorazonada, no tenía el menor apetito. Estaba en su habitación cuando llamó alguien a la puerta, con discreción. Ivy, adivinando, dijo: —Pase, Roscoe.

Era Roscoe, en efecto; la miraba casi con lástima, pese a ser un tipo que demostraba muy poco sus impresiones.

—¿No baja, miss Gowand? —inquirió.

—No... No, no.

Roscoe vaciló; temía cometer una falta. Pero se atrevió al fin: —¿Por ellos, miss Gowand?

—No... No es eso, Roscoe.

—Son desagradables.

—Tal vez, Roscoe, pero todo el mundo tiene sus razones para hacer las cosas. Supongo que, en realidad, se comportan de un modo lógico... Ellos, no hay duda, me consideran la causa directa de la desaparición de su hijo; por tanto, para ellos soy culpable. Y no es así...

Dios mío, no debí aceptar esto, pero Dave insistió tanto... —miró con súbita sorpresa a Roscoe, y agregó—: No sé por qué le hablo así, Roscoe...

—Me pareció que necesita confiar en alguien, miss Gowand; que alguien esté de su parte.

Ivy consiguió una sonrisa, entonces.

—Gracias, Roscoe —dijo—, ¿Cómo se encuentra el señor Mifflin?

—Regular. Cuando algo le impresiona, decae un poco su energía.

Es probable que esta tarde tenga que ir a Santa Cruz, y hablar con el doctor. Si desea algo de mí.

—No se me ocurre nada, Roscoe. Yo, aquí, no soy nadie ahora. Es el señor Brownrigg quien, según dice, sabe lo que debe hacerse. Pero estoy dispuesta a cualquier cosa, con tal de que aparezca Dave.

—Comprendo. Si me necesita, miss Gowand, cuente conmigo.

—Gracias, Roscoe.

—Y si quiere un consejo, baje al comedor. No tiene por qué mostrarse como una chica acobardada. Y menos ante ese hombre, míster Brownrigg, que parece estar pisándolo todo a su paso. Hay gente que merece una lección de vez en cuando.

No me siento con fuerzas, Roscoe—casi gimió Ivy.

—Como quiera.

Roscoe abandonó la habitación de Ivy, y minutos más tarde estaba sirviendo el almuerzo en el comedor del albergue, anexo al vestíbulo-salón. De ordinario, el comedor era una pieza alegre, por cuyo ventanal penetraba el sol a raudales. No obstante, aquel día sólo penetraba una claridad plomiza. Había cesado la tormenta, pero el cielo seguía muy gris y era de esperar que no tardase en llegar una segunda parte.

En sus idas y venidas al comedor, Roscoe captó que allí la única voz cantante era la de Brownrigg, que era un auténtico glotón. Su esposa apenas probaba bocado; y en cuanto al tal McLeigh, se mostraba más bien discreto.

—Escuche mis instrucciones, McLeigh —decía Brownrigg—, Después de comer registrare la habitación de Dave, por si hallase algún indicio; a continuación, si en el cuarto no ha descubierto nada, dé una batida por el contorno. Nadie desaparece sin dejar alguna huella, y en este completo silencio. Por mi parte, ya le dije confidencialmente lo que temo. ¿Alguna objeción, McLeigh?

—Ninguna, míster Brownrigg.

—¿Cree que mi idea de lo ocurrido con Dave es descabellada?

—De ninguna manera, señor. Probablemente, eso es lo ocurrido: un secuestro con anónimo de pedir un fuerte rescate,

—Sí... Eso es. Eso pienso. Por eso prefiero, de momento, dejar a la policía al margen. Y

no nos impacientemos puesto que no han transcurrido aún veinticuatro horas desde la desaparición de Dave..., a menos que esa lagarta de Ivy mienta.

—No hables así de la muchacha, John... —se atrevió a susurrar Laura.

El la miró con ira.

—¿Pues cómo he de hablar? —gritó, furioso—. Desde que esa chica apareció en la vida de Dave, ése tía cambiado en exceso, y...

—Yo diría que incluso ha mejorado, John —protestó Laura—, Antes era el eterno golfo... Yo..., yo, como madre, me he dado cuenta de su cambio. E insisto una vez más en que no veo motivos para esa oposición tuya tan tenaz.

—¡Yo sé qué busca esa muchacha, de Dave: el dinero! ¡O me crees ciego! —estalló Brownrigg.

—Tan sólo te creo equivocado, John.

—Tonterías. Las mujeres estáis llenas de absurdos romanticismos. Babeáis de estúpido gozo en cuanto os enteráis de una historia de amor, más o menos supuesto. Y no existe tal amor. Esa chica quiere clavar las uñas y los dientes en mi fortuna, y eso es lo que hay.

En cuanto al padre de Ivy, no es más que un tunante. Su negativa a la boda no es más que una maniobra para exacerbar a los muchachos... ¡Conozco a la gente!

—La mides por tu rasero—rectificó Laura, mostrando un destello de energía.

—Laura..., no consiento que...

—Dejemos esta discusión. Por mi parte, estoy convencida de que los muchachos se aman, Eso lo sé. Y el padre de Ivy, el señor Gowand. es un hombre digno. No quiere a Dave porque éste es un golfo; sólo un golfo, que ha hecho desgraciada a más de una chica. De ahí la negativa de Gowand. Teme que Ivy sea una víctima más de nuestro venenoso hijo aunque, repito, desde que conoció a Ivy ha cambiado; es un poco mejor. Y

sé que Ivy no sólo le haría feliz, sino que le convertiría en un hombre. Tú, John, no eres más que una bestia guardiana de tu dinero...

Y con un sollozo violento, Laura Brownrigg se puso en pie.

Parecía que el rostro congestionado de míster Brownrigg iba a estallar; miraba con una aterradora frialdad a su esposa; no obstante, consiguió calmarse.

—Laura..., has hablado demasiado —rezongó.

—No lo creas; es poco. Pero no voy a decir de una sola vez todo lo que pienso de ti y de lo ocurrido; quedaría, exhausta. Me retiro.

Y sin más, giró, para taconear, llorando, hacia la salida del comedor. Ya a solas con McLeigh, que había asistido a la escena mudo, y totalmente impasible, demasiado listo para intervenir en discusiones de aquel tipo, Brownrigg dijo: —Nada cambia, McLeigh. Yo sé lo que digo... Si escuchásemos a las mujeres, el mundo se compondría de amor, pero yo sé que no es así, con dólares... ¡Todo! Quieren mí dinero, y el de Dave. Usted trabaje, ¿de acuerdo?

—Sí, míster Brownrigg. Empezaré de inmediato.

—Haga lo que quiera.

También McLeigh abandonó el comedor.

Brownrigg, asqueado de pronto por todo, asestó un manotazo al plato, alejándolo.

Encendió un cigarro con vitola en la que se veían su fotografía, el rostro y estaba impreso su nombre: John Brownrigg.

Se dedicó a fumar, reflexionando.

*

Estaban todos abajo, en el vestíbulo-salón, cuando llegó el hombrecillo, McLeigh, completamente empapado. Su rostro se mostraba herméticamente cerrado. Todos le miraban, mientras se acercaba, sacudiéndose el agua de lluvia que llevaba encima; tenía el traje oscurecido por la humedad, el ralo cabello rubio-gris también oscurecido y muy pegado al cráneo.

Iba a abrir la boca, acercándose al señor Brownrigg, que estaba acomodado en el mejor sillón del albergue, pero Brownrigg cortó:

—Vaya primero a cambiarse, McLeigh. Ya hablaremos luego.

Era todo un detalle por parte de míster Brownrigg, pero McLeigh dijo: —No vale la pena hacerle esperar, señor. Mi informe es brevísimo. No he conseguido nada. Supongo que parte de la culpa la tiene este maldito tiempo. Lo peor es que si hay huellas, la lluvia, el barro, las borrarán... Lo siento, pero en mi paseo por el contorno no he conseguido descubrir nada.

Brownrigg entornó los ojos; se irguió un poco en el sillón, abandonando su relajada postura.

Por un instante, pareció que iba a reprochar algo a McLeigh que iba a mencionar la cifra que le pagaba por aquel trabajo especial. Además, quizás estaba pensando soltar algún sarcasmo sobre la eficiencia de “McLeigh & Carson, Detectives Privados”. Pero Brownrigg, a veces, tenía algún destello, y sólo dijo: —Está bien. Seguiremos hablando luego.

McLeigh se dirigió hacia las escaleras.

Aún estaba subiendo, cuando percibió el rumor del motor del furgón que utilizaba Roscoe. Este, tras dejar el vehículo en el garaje, penetraba en el vestíbulo, sacudiéndose unas gotas. Miró a los Brownrigg y a Ivy, y murmuró: —Perdonen; creí que estaría antes de vuelta. La lluvia me ha retrasado un poco. Hay que tomar precauciones... La cena estará lista dentro de unos minutos.

Nadie respondió.

Roscoe miraba a Ivy, la cual le hacía una muda pregunta. El criado meneó la cabeza, y dijo:

—Lo siento, miss Gowand, no he podido comunicar con su padre. No está en su casa...

—Está bien, Roscoe. Gracias de todos modos.

Roscoe no dijo una palabra más, desapareció hacía los interiores.

—¿Qué pasa con tu padre? —gruñó—. Aquí no le necesita nadie.

Yo soy el interesado principal en esta cuestión, y no toleraré su presencia. Por tanto...

Laura enrojeció, y bajó la mirada.

Ivy se atrevió a cortar a míster Brownrigg, diciendo: —No es lo que usted piensa, míster Brownrigg. Yo... Yo, anoche, ya quise comunicar con él, decirle dónde me encontraba; explicarle lo que había hecho... No pude localizarle. Ni tampoco esta mañana. Roscoe tampoco ha podido comunicar con él esta tarde... Eso es lo que pretendía: explicarle a mí padre mi paradero.

No cedía la fría suspicacia de Brownrigg; musitó: —Entonces, tu padre no está en casa... Según tengo entendido, el señor Gowand es un hombre digno, de unas virtudes rancias, que no encajan con su ausencia. Empiezo a preguntarme a qué se debe esa ausencia... Empiezo a preguntarme si el señor Gowand no estará más cerca de lo que nosotros pensamos.

—Por Dios, John, cállate... —pidió, scandalizada, Laura.

—¿Qué sugiere? —inquirió temblorosa la voz de Ivy.

—¡No sugiero nada! Es decir: de momento. Todo esto tiene que saltar por algún lado... Yo sé lo que va a ocurrir: me van a pedir no menos de doscientos cincuenta mil dólares por el rescate de Dave... ¡Y tú eres quien ha traído aquí a Dave...! ¡Tú...!

—¡Está equivocado! —sollozó Ivy, angustiada—. Y-yo..., yo no sabía donde iba...

Dave me trajo aquí... Yo hubiese ido con él a cualquier sitio.

Laura intervino de nuevo:

—Has ido demasiado lejos, John. Es imperdonable por tu parte. Es... es una terrible acusación la que insinúas... Aparte de que Ivy no merece estas groserías por tu parte.

—¿He de pedirle perdón ahora? —rugió Brownrigg.

—Sería lo conveniente—dijo Laura.

—¡Tonterías!

Ivy lloraba.

Laura acabó por sentarse, y quedar descompuesta. Enfrentarse a su esposo solía repercutir en sus fuerzas, en su ánimo; quedaba desmadejada. En cuanto a Brownrigg, impaciente, encendió otro de sus cigarros. Ceñudo, furioso, no descartaba la idea de que Gowand tuviese algo que ver con el secuestro de Dave. El tal Gowand era un retorcido, sí... Fingía una oposición a la boda de los muchachos, les exacerbaba, y luego se aprovechaba de las circunstancias. Si no, ¿dónde estaba el virtuoso y digno señor Gowand? ¿No era significativo, además, que no estuviese en su casa desde la noche anterior, justo cuando desapareció Dave? No... No iba a pedir excusas. En modo alguno. Iba a exigir cabezas, en el momento de las responsabilidades... ¡A exigir cabezas! Tal vez Laura tenía razón, y él

sólo era una bestia guardiana de su dinero, pero no podía ser de otro modo...

Apareció Roscoe en aquel momento, diciendo: —El señor Mifflin me encarga que le disculpen, pero no se encuentra bien. Los días de tormenta son fatales para su salud.

Nadie respondió.

Si acaso, un gruñido de Brownrigg. ¿Qué demonios le importaba a él el tullido, aquel parálítico?

—En cuanto a la cena, pueden pasar al comedor, señores —agregó Roscoe.

Brownrigg se puso en pie.

Alto, impotente, fuerte, elegante; con aquel cabello rojo, la mirada gris, dura y fría.

—¿No venís? —rezongó.

Laura se humedeció los labios.

—No tengo apetito —dijo, con un hilo de voz. con dinero..., ¡que pienso recuperar a su debido tiempo! —se enfureció Brownrigg—, con dinero..., ¡qué pienso recuperar a su debido tiempo! —se enfureció Brownrigg—, Pero haced lo que queráis.

Y alargó el paso, en dirección al comedor. Poco después, con un traje distinto, más claro, que le hacía más insignificante, aparecía el señor McLeigh, quien consultó con la mirada a Laura. Esta musitó:

—Comiendo.

Laura miró a Ivy. Esta tenía la barbilla sobre el pecho, y los ojos llenos de lágrimas, que iban resbalando por sus pómulos; algunas lágrimas se detenían en las comisuras de la boca. Aquella noche, Ivy vestía pantalón largo, oscuro, amoldado a las hermosas piernas, y una blusa-casaca, por fuera, abierta por el cuello, dejando al descubierto el principio de sus encantos del busto.

—Perdona a mi esposo, Ivy. El, a veces...

—No se preocupe, señora Brownrigg —cortó Laura—, Créanlo o no, lo único que me importa de todo es Dave.

Laura soltó un suspiro.

—Yo te creo, hija... Pero las cosas, no sé si lo comprenderás, siempre no son fáciles, y...

—Señora Brownrigg, no deseo seguir hablando. Discúlpeme.

—Espera, no te marches aún... Nunca hemos hablado más de una docena de palabras seguidas...

—Ni creo que el momento sea el más oportuno. Estoy muy confundida y tengo miedo...

Cuando Dave aparezca, estaré más tranquila, y predispuesta a escucharles. Ahora... —se mordió los labios.

Dejó sola a la señora Brownrigg, para dirigirse a su habitación. Quería estar a solas. No soportaba a aquella gente. Analizando, quizás

ellos fuesen los culpables de todo, por oponerse a algo limpio.

CAPITULO 4

LOS Brownrigg fueron los últimos en subir al piso, a su dormitorio. Laura, con un suspiro de cansancio, bastante pálida, se dejó caer en una banqueta tapizada, frente al tocador; se asustó al ver su propio rostro, tan demacrado; se le notaba mucho las arrugas aquella noche.

En cuanto a Brownrigg, no analizaba, ni se miraba al espejo, su mente estaba ocupada por cosas más importantes. No estaba muy seguro de poder dormir, aunque trataba de mostrar toda su energía, su vitalidad. Pero convenía dar ejemplo a Laura, en la medida que fuese, para que ella no molestase ni complicara las cosas con histeria, llantos, lamentos... Lo mejor que podía ocurrir es que Laura se durmiera.

Graznó:

—¿Te acuestas o no, Laura?

—Toma algo para dormir. Lo necesitas.

—Supongo que sí...

Laura se puso en pie, y allí mismo, frente al tocador, empezó a cambiarse. Esbelta, delgada, pero aún con formas apreciables, con una tersura que le costaba sus buenos dólares en el salón de belleza de San Francisco que frecuentaba. Estaba poniéndose la ropa de dormir, pensando en algo que recogiera su cabello claro, un poco descolorido, cuando vio un papel asomando por debajo de una estatuilla de adorno, de porcelana, diminuta. Extrañada, tomó aquel papel, y lo desdobló.

Brownrigg la observaba e inquirió:

—¿Qué es eso, Laura?

—No sé. Estaba aquí, debajo de...

—Trae.

Se lo arrebató, prácticamente. Y empezó a leer. Un? nota muy breve, que le hizo soltar una sarta de maldiciones. Luego, casi gritó: — ¡Lo ves! Yo sé lo que digo, Laura... ¡Esta es la prueba! Lee... Lee... Ese hijo tuyo nos va a costar demasiado caro. ¡Casi me dan ganas de dejar que lo estrangulen... Pero no! Voy a pagar, y ya le estrangularé yo... ¡Estúpido! A eso se le llama caer en la trampa... Va a ser muy difícil convencerme de que los Gowand nada tienen que ver con esto, Laura. ¡Muy difícil! ¿No entiendes la jugada? Ivy se larga con Dave, y el padre de Ivy detrás. Cualquier oportunidad es buena para secuestrar a nuestro hijo, a ese imbécil, a ese desdichado...

—John... Piden..., piden doscientos cincuenta mil dólares por el

rescate de Dave... — tartamudeó Laura, aun más pálida, y con el rumor del papel en su temblorosa mano.

—¡He acertado hasta la cantidad! —estalló Brownrigg—. Bien... Bien, ahí dice que vaya a buscar ese dinero, y que no diga una palabra a la policía, ni a nadie; que regrese con el dinero, y recibiré nuevas instrucciones. De acuerdo. Mañana, apenas amanezca, iré a San Francisco. Necesitaré toda la mañana para reunir esa cantidad en efectivo. Por la tarde estaré de regreso. Mientras, quizás lleguen esas nuevas instrucciones. Asunto solucionado..., de momento. Por lo menos, tendremos a Dave.

—Pero John..., hay algo que no comprendo... ¿Quién ha podido colocar aquí esta nota?

Esta tarde no estaba, y...

—¿Quién ha de ser? ¿No quieres abrir los ojos? —bufó Brownrigg—. Ha sido ella, la dulce pequeña, esa maldita lagarta... ¡Ha sido Ivy! Con su lloriqueo, su fingimiento ¿Quién más ha podido dejar aquí esa nota?

—¿Ella? No sé, John... La letra...

—¡No conocemos su letra! Además, aquí está todo escrito con mayúsculas, y no vamos a perder el tiempo con pista. Ya sabemos más que suficiente del asunto. Yo iré a buscar el dinero, y pagaré en las condiciones que digan. Eso, sin perjuicio de que McLeigh siga con su trabajo, ya que hay que encontrar pruebas de que los culpables son los Gowand.

Demonios, date cuenta de una vez: padre e hija lo han hecho.

—John..., esa chica no me parece capaz de...

—¡Si todos llevásemos escrito en la cara lo que somos, el mundo sería distinto! —cortó, furioso, Brownrigg.

—No sé.

—Ya basta. Iré a hablar con McLeigh.

—Si se enteran de que McLeigh...

—Lo saben... No seas estúpida, Laura. Ivy ya sabe quién es McLeigh. Por tanto, lo sabe ya también su padre. No sé cómo se comunican pero es obvio que lo hacen. Pero McLeigh es gato viejo en la investigación; es un viejo astuto. Sabe lo que hace. Déjame a mí resolver esto; se ha demostrado, en definitiva, que tengo razón, ¿no es así? Acuéstate, yo hablaré con McLeigh,

—Lo que tú digas, John... Sin embargo, quizás hablando con Ivy, razonando con ella sobre...

—Tonterías. Ni una palabra a esa víbora. Ella ya sabe que hemos encontrado la nota; nuestras voces deben oírse... Hasta que esté detrás de la puerta. Verás...

Dos zancadas le condujeron a la puerta, y abrió de un tirón, No había nadie. Ni cerca de la puerta, ni lejos. El pasillo y el distribuidor

estaban solitarios.

Se percibía el rumor de la lluvia, bastante fuerte en aquellos momentos; truenos lejanos, también.

—Hablaré con McLeigh—murmuró Brownrigg.

Y salió del cuarto, para dirigirse al de McLeigh.

*

Muy cierto: McLeigh, tras sus primeros movimientos, tenía ya algunas ideas propias.

Y allá iba, a husmear.

Lo primero, tras abandonar el comedor, dejando a los Brownrigg enzarzados en una discusión, como siempre, fue a subir a su cuarto, y fumar un cigarrillo a solas, reflexionando. Luego, seguro de no ser visto, comprobando que tenía a su disposición el pasillo y el distribuidor, salió del dormitorio que le habían asignado para deslizarse, sin apenas ruido, a la habitación que había ocupado Dave. Precisamente contigua a la de la joven Ivy.

El detective no quiso pensar en ella. A la muchacha, por lo pronto, la mantenía alejada del asunto.

Se introdujo en el cuarto de Dave, por el procedimiento tan simple de empujar la puerta; pasó, a oscuras, y quedó quieto, para habituarse a la penumbra de aquella estancia. Luego utilizaría su linterna. No quería encender luces. Y necesitaba examen a fondo de aquella estancia, del equipaje de Dave, de cualquier pista o huella.

Transcurridos unos minutos, veta bien los contornos. Entonces, fue cuando encendió la linterna, ya frente al "closet" empotrado donde Dave tenía el equipaje más bien exiguo, sí. Una maleta pequeña, dinero, dos pares de zapatos. Por lo pronto, Ivy debía estar en lo cierto al afirmar que Dave no se había cambiado de ropa. Llegó, y sin darle tiempo a cambio alguno, le secuestraron. No era difícil. Roscoe estaba siempre en la cocina, o casi siempre, y el tal señor Mifflin era un inválido. Era un juego realizar un secuestro en aquellas condiciones.

La ropa que había allí estaba intacta; nada sucio. Y lo lógico era que tras una excursión la ropa usada mostrase alguna huella.

Quizás podía hallarla en otro sitio.

Pasó al cuarto de baño.

Miró en torno. Por cierto: le extrañaba mucho aquel lujo de los cuartos de baño, poco en consonancia con el resto del edificio, y las demás instalaciones. Era curioso... Claro que el señor Mifflin dio en el clavo, porque para su negocio era un gran atractivo el lujo en el baño.

McLeigh, con su cabello rubio —gris ralo caído en mechones sobre la frente, miraba en torno.

Volvióse entonces hacia la bañera, y respingó.

¿Qué era aquello?

Se acercó, cauto, suspicaz, observando una especie de rendija que

parecía haberse abierto en los azulejos serigrafiados; una rendija bastante alargada, de una anchura de pulgada y media.

Quedó detenido, con las rodillas tocando el borde de la bañera color marfil.

La rendija no parecía tener objeto, y no la había visto aquella mañana, al llegar; ni siquiera momentos antes, al entrar en aquella pieza.

No obstante, McLeigh entendía que aquello podía ser una explicación.

Pasó a la bañera, y se acercó a la rendija, tocando los bordes; sencillamente, las juntas de una docena de azulejos se habían desplazado de abajo a arriba, permitiendo aquella abertura. Un tanto confuso, pensando con rapidez, McLeigh trató de ver algo a través de la rendija, mientras calculaba qué lugar podía mirar a través de ella; quizás a otra habitación..., lo cual demostraría que Mifflin era un sinvergüenza que tenía trucado aquello para permitir a ciertos huéspedes unas vistas realmente sugestivas, siempre y cuando el huésped de la habitación a que diera la rendija estuviese ocupada por una mujer..., y es obvio de ello, de que tras la rendija hubiese una guapa dama, debía encargarse el propio Mifflin.

Vaya con el inválido.

McLeigh sintió deseos de echarse a reír. Pero lo cierto era que no veía nada; quizás enfocando la linterna.

Quizás, si.

Pero ocurrió algo inesperado; algo que McLeigh no tenía previsto; algo rapidísimo, sorprendente: la bañera sobre la que se encontraba en seco, dio un giro; se desplazó como dando una vuelta de campana, al mismo tiempo que la grieta se hacía mucho mayor; tanto que permitía el paso de un cuerpo humano; un giro de la bañera, y McLeigh, sin poder evitarlo, se encontró gritando, aterrado de súbito, cayendo al vacío, sin la menor noción de lo que estaba ocurriendo.

Lo único que percibía era que su grito resonaba entre paredes cercanas; debía ser un cubículo, estrecho y no muy profundo.

No. No lo era. Los huesos de McLeigh se estrellaron contra el suelo, y el investigador, durante unos instantes, quedó aturdido, de espaldas, confuso, sin tener conciencia exacta de encontrarse con vida.

Notaba dolor en la espalda, que repercutía en su nuca, en la cabeza, pero' no creía tener ningún hueso roto, ni haber sufrido mayores lesiones.

Había perdido la linterna.

Fue tanteando con las manos. Notó el suelo húmedo; era cemento y la humedad resultaba notoria; incluso había algún charquito, donde chapoteaba. Por fin. sus dedos tropezaron con la linterna; la reconoció al tacto, ya que la visibilidad era nula completamente.

Tomó la linterna, y trató de dar luz.

Se había roto.

No aparecía el foco.

McLeigh, desorientado, dolorido, trató de ponerse en pie, lo que consiguió con ciertos esfuerzos, aún magullado.

Abría mucho los ojos, pero la oscuridad que le codeaba era impenetrable.

Sintió que un viscoso sudor hacía su aparición en el rostro, en la espalda, en el cuello; un sudor viscoso y frío.

No se atrevía a avanzar. ¿En qué dirección, además?

AHÍ, quieto, algo encorvado, empezó a sentir la garra de la angustia.

Su única defensa era gritar, gritar con todas sus fuerzas, para que alguien le oyera.

—¡Sáquenme de aquí...! ¡Soy McLeigh! ¿Qué significa esto...?

Su voz rebotaba contra las paredes; los ecos se multiplicaban en el recinto; había que comprender que era muy estrecho, y McLeigh desesperado, a ciegas, dolorido, sudoroso, con un pánico incipiente, adelantó con rigidez, con lentitud, con las manos por delante, hasta que tocó la pared. Fue tanteando, recorriendo aquel cuadro; contó los pasos. Para recorrer el perímetro dio veinte pasos, por lo que calculó que el cuadrado tenía una longitud de algo más de cinco yardas por lado.

Y las paredes eran de cemento, también húmedas. Ni una rendija, ni siquiera mirando hacia lo alto. No habla allí nada que le proporcionase luz. Había dejado su encendedor, con el tabaco, en su dormitorio.

Volvió a gritar, a golpear las paredes.

Era inútil.

En todo caso, contraproducente, porque se despellejaban las manos contra el rústico cemento.

Volvió a recorrer el cuadro, los veinte pasos, tanteando con más cuidado la estancia, tenía que haber alguna abertura, alguna salida; era forzoso.

Tanteó a todos los niveles, hasta que, por fin, a nivel del suelo tanteó algo que no era cemento. ¡Una trampilla de madera!

Una trampilla, sí...

Y aquello conduciría a algún sitio.

Un poco más tranquilo, aunque con manos temblorosas, McLeigh buscó el medio de alzar la trampilla; tocaba las ranuras... Quizás empujando.

Cedió.

La trampilla cedió, como una simple portezuela. Y por allí, aún a oscuras, empezó a deslizarse el pequeño cuerpo de McLeigh.

Tocaba algo... Madera húmeda. Tenía que identificarlo por el tacto: era madera húmeda. ¡Peldaños! Se encontraba, pues, en lo alto del tramo de unas escaleras cuyos peldaños eran de madera... Tenía que bajar: aquello conduciría a algún otro lugar.

Hubiese podido pensar muchas cosas sobre lo que estaba viviendo en aquellos momentos, pero la imagen de sí mismo, el instinto, de conservación, el miedo, le obnubilaban el cerebro; gateó un poco, tanteó los primeros peldaños, las paredes... podía ponerse en pie, y apoyado en las paredes bajar con mayor comodidad, contando los peldaños, adelantando con cuidado los pies.

Iba descendiendo.

En el peldaño número seis estaba cuando ocurrió algo más.

Cedió el peldaño.

La tabla se esfumó de debajo de los pies de McLeigh, y éste, con terrible alarido de pánico, se sintió otra vez en el vacío.

No obstante, tuvo reflejos suficientes para agarrarse con las manos a la arista que quedaba, del peldaño siguiente. Y así quedó suspendido en el vacío, pataleando arañando con los dedos, como tratando de clavarlos, la madera a que estaba aferrado.

Sus propios gritos, su respiración fuerte, agitada, le impedían oír los pasos, los leves crujidos que producía alguien, subiendo aquel tramo de escaleras de madera.

De súbito, una potente luz, correspondiente a una linterna sorda, hirió sus ojos; tuvo que cerrarlos.

—¿Quién es usted...? ¡Se lo suplico, sáqueme de aquí...! ¡Ayúdeme! ¡Nooooo...!

El portador de la linterna sorda estaba algo muy distinto a prestar ayuda a McLeigh.

Con toda frialdad, estaba pisando, machacando, con sus tacones los dedos que McLeigh tenía aferrados a la arista de madera. Golpes secos, dolorosos; barrenaba también, despellejaba los nudillos de McLeigh, ante la desesperada resistencia de éste a soltarse.

—¡Nooooo...! ¡Ayúdeme! ¿Quién es usted?

Un furioso taconazo le hizo soltar una mano.

McLeigh, lleno de pavor, empapado, desencajada la faz alumbrada por la potente linterna sorda, aún resistía con su única mano, de dedos ensangrentados.

Sollozaba, gritaba roncamente.

No podía más... ¡No podía más...!

Tuvo que soltarse.

Su aullido se fue perdiendo.

Con el rojo ceño fruncido, míster Brownrigg estaba llamando en la puerta del cuarto del investigador.

—¡Abra, McLeigh, quiero hablar con usted! ¡Despierte, hombre! —

acabó por aullar.

No había respuesta.

En cambio, se abrió la puerta del cuarto de Ivy, y apareció ésta, con expresión tí mida, temerosa, en el rostro. Se había envuelto en una bonita bata, que se estaba ciñendo.

—¿Suced algo, míster Brownrigg? —susurró, acercándose.

Brownrigg ladeó la cabeza, para mirar de soslayo a Ivy.

Así, durante varios segundos, en silencio.

De pronto, estalló:

—¡Sabes muy bien lo que ocurre! Para tu tranquilidad, te comunicaré que he recibido vuestra nota pidiendo un cuarto de millón de dólares por el rescate de Dave... Mañana iré a buscar el dinero, y esperaré nuevas instrucciones. Y no temas. No intervendrá la policía; no quiero que tu padre asesine a Dave... ¡No pongas esa cara!

Ivy mostraba una palidez alarmante en aquellos momentos; tuvo que apoyarse en el tabique del pasillo, mareada, muy asustada.

Brownrigg, por su parte, siguió llamando a McLeigh.

Apareció presurosa, Laura, que se acercó a Ivy.

—Ivy..., ha enloquecido... Debes perdonarle... —empezó.

Ivy sollozaba.

Brownrigg, sin hacerles caso, seguía alborotando, llamando a McLeigh, sin obtener respuesta.

No era raro que acudiera, ante el escándalo, Roscoe, con expresión un tanto hosca, mirándoles a todos. Con cierta suavidad un tanto forzada inquirió: —¿Puedo ayudarles en algo, señores?

—Vaya a lo suyo, Roscoe. Nosotros nos entendemos aquí arriba— masculló Brownrigg.

Todos miraban aquella puerta, entonces.

Aquel silencio... Era extraño; mucho.

Ivy, aun con los ojos llenos de lágrimas, se atrevió a hablar: y le salió un tembloroso hilo de voz:

—Creo..., creo que el señor McLeigh salió de su habitación, hace ya un rato... Bastante...

Brownrigg la miró con fijeza.

—¿Estás segura? —gruñó.

—Creo que sí... Le oí... Me... me pareció, incluso, que entraba en el cuarto de Dave. Yo estaba despierta. Y... Es decir, no puedo dormir... Juraría que entró en la habitación de Dave... Y hace ya un rato, creí oír un grito... Pueden ser figuraciones mías, pero...

Brownrigg parecía escéptico.

Los demás no despegaban los labios; miraban alternativamente a Ivy y a Brownrigg.

Este, por fin, se decidió. Dio unos pasos hacia la habitación que había ocupado Dave, abrió la puerta, y encendió la luz..

—¡McLeigh! —llamó.

Entró en la estancia.

Ivy, temerosa, encogida, se atrevió a seguirle, también lo hicieron Roscoe y Laura.

Penetraron en aquella estancia vacía.

La puerta del cuarto de baño estaba abierta, y la luz que penetraba indirectamente del dormitorio mostraba con toda claridad que tampoco en la pieza de baño había nadie.

Brownrigg miró, furioso, a Ivy, y dijo, con frialdad: —No sé qué pretendes con esta mentira. Si McLeigh hubiese entrado aquí, y no hubiera salido, estaría. ¿O no?

—Yo.

—Ya basta. Tengo la nota. Ya sé a qué atenerme. Tendréis ese dinero, pero que nadie crea que acaba aquí la cosa.

—Míster Brownrigg, por favor, no siga con...

—¡Cállate! McLeigh, puede haber salido para realizar alguna investigación. Ya le veré.

Laura: mañana dile que no se mueva de aquí. Yo saldré muy pronto, como te dije, en busca del dinero, y como máximo al oscurecer estaré de regreso, con el cuarto millón de dólares. ¡Ahora déjenme en paz!

Se fue, arrastrando a Laura, a su dormitorio.

Roscoe e Ivy quedaron frente a frente, mirándose. Ivy musitó: —Roscoe... usted no creerá que yo tengo algo que ver con...

—No diga eso, miss Gowand. Claro que no lo creo. No se ponga nerviosa... En realidad, comprendamos a míster Brownrigg; está desquiciado teme el peligro que pueda correr su hijo... No son circunstancias normales. Procure descansar.

CAPITULO 5

PESE a las noches de insomnio, a su dolor, a la angustia que sentía, la belleza, la juventud de Ivy, no parecían resentirse gran cosa. Apareció vestida con un traje pantalón, de color claro, suelto su rubio cabello, eso sí, tenía leves ojeras, y el blanco de los ojos un tanto enrojecido, señal evidente de que había gastado en llanto buena parte de la noche.

Al llegar al vestíbulo, ya vio a Roscoe dedicado a sus tareas habituales. El criado, al verla, pareció un poco sorprendido.

—Me parece que no ha descansado lo suficiente, miss Gowand —dijo.

—No, Roscoe.

—El señor Brownrigg se marchó hará cosa de media hora.

—Sí, le oí. Le oí arriba, y luego el auto... Estaba despierta, me dediqué a pensar, y...—se mordió los labios—. Creo que lo mejor que puedo hacer es ir a Santa Cruz, y, como sea, localizar a mi padre. Lo ... lo terrible de todo esto, Roscoe es que... hasta yo misma he sentido la misma sospecha, que míster Brownrigg... Es impropio de mi padre, es increíble, pero... Sería monstruoso, ¿Lo comprende, Roscoe?

—Sí, miss Gowand. Siento que...

—Bueno, no se preocupe. Iré a Santa Cruz. No me espere. Regresaré tarde, a menos que localice pronto a mí padre. No me limitaré sólo a llamarle por teléfono. Mis planes son... más completos. He pensado ir a hoteles y pensiones, preguntando por él. Quizás el primer día, a su llegada, se alojó en algún sitio... Claro que su paradero actual debe ser otro muy distinto, pero si descubro que estuvo aquí, ya... ya no cabría la menor duda.

Roscoe inclinó la cabeza; no sabía que decir.

Ivy inquirió;

—¿Cómo está el señor Mifflin esta mañana? Si quieren algo para su doctor.

—No es necesario, gracias, miss Gowand. El señor Mifflin, pese a que el día ha amanecido gris, se encuentra algo mejor.

—Lo celebro.

—Gracias, miss Gowand. Le deseo suerte en sus gestiones. Es decir —se apresuró a aclarar-, que no encuentre rastro de su padre en Santa Cruz.

Ivy respiró hondo.

—No sé, Roscoe; no sé ya qué pensar de todo esto... Lo que más me

desconcierta es que mi padre pida dinero por la devolución de Dave. Mi padre sin despreciar el dinero, le concede su justo valor. Es un hombre ecuánime en ese sentido, y en muchos otros. Yo..., yo he sido la alocada... Yo comprendería, todo lo horrorizada que usted quiera, que mi padre, en un momento de ira, de locura, como le puede suceder a cualquier persona, hubiese atentado contra Dave. Pero pedir dinero.. No, no es propio de mi padre... Pero necesito arrancar esta duda de mi cerebro... Es como una araña que teje, y teje, y teje...

Una tela cada vez más tupida, densa...

—Está sufriendo mucho, miss Gowand —murmuró Roscoe—, Perdone, ya sé que no me corresponde, pero si aceptase mi consejo... ¿Por qué no se queda en Santa Cruz en tanto se resuelve todo esto?

—Imposible, Roscoe. No podría vivir... Quiero, necesito, estar aquí, para cuando regrese Dave.

—Como quiera. Pero aquí no mejorarán las cosas para usted.

—Ya lo sé... Pero amo a Dave. Y le esperaré aquí.

Roscoe no hizo más comentario.

Por su parte, Ivy, ya impaciente, giró y echó a andar hacia la salida, hacia la terraza, aún húmeda por la lluvia caída el día anterior, y buena parte de la noche, olía a humedad, a tierra mojada. Un aroma agradable, ya que llegaba la fragancia de los cercanos bosques.

Pero era todo tan gris, tan sombrío.

Ivy, decidida a hacer en Santa Cruz todas las averiguaciones necesarias con respecto a su padre, se metió en el "Hillman-Minx", saliendo poco después por el camino de tierra húmeda.

Roscoe, con cara larga, con mirada mortecina, la veía partir desde un ventanal del vestíbulo.

La había perdido de vista, pero parecía estar reflexionando sobre todo aquello.

Por fin, se retiró de la ventana.

*

La señora Brownrigg, adormilada, había oído a su esposo mientras éste se arreglaba para marchar a San Francisco en busca del dinero. Los sedantes hacían su efecto, y Laura quedó traspuesta. Por fortuna, existían aquellas milagrosas píldoras que la hacían dormir a una en cualquier circunstancia. Sí, era mejor dormir, estar como muerta, cuando no se tiene valor para esperar de frente los acontecimientos.

Y Laura tenía mucho miedo.

Pero se encontraba muy confortable en aquella cama; dormida...

Laura apenas notaba la sensación de que descendía; una rara impresión, que no podía achacar a nada en particular, entre otras cosas por la sencilla razón de que se encontraba en ese estado de somnolencia en el que los sucesos no parecen reales.

Debió haber dormido mucho. ¿Tanto que era de noche ya?

Se sobresaltó.

Quiso incorporarse en el lecho, pero con espanto, lanzando un grito de terror, de incompreensión, se dio cuenta de que estaba sujeta a la cama mediante abrazaderas; el cuerpo y los brazos, así como las piernas, estaban sujetas a la cama Y completamente a oscuras.

Sus ojos rodaban en las sombras, sin comprender.

Gritó.

Su grito resonó entre paredes.

—¡John...! ¡John! ¿Dónde estoy?

No había respuesta.

Trataba de tragar saliva, de serenarse un poco. Era inútil; la saliva no atravesaba su garganta, y la serenidad huía de ella por momentos. Estaba allí, inmovilizada, a oscuras, en un lugar húmedo y desconocido, silencioso, aterrador... ¿Dónde estaba? En su cama.

—¡Por favor! ¿Dónde estoy? — sollozó.

Le respondió el eco; luego, el silencio.

Sus ojos resaltaban en la oscuridad; su cuerpo empezó a temblar, aprisionado.

—¡Jooooohn...! —volvió a gritar.

No podía ser ya de noche; y aquel no era su cuarto...

Empezaba a desquiciarse, cuando apareció de improviso, por sorpresa, una luz en la habitación; en un ángulo. Una luz difusa, rojiza, como un halo. Y dentro del halo, en sombras, alguien. Un hombre; por lo menos, un rostro de hombre. La luz que daba en el rostro del hombre era algo más viva que la que le rodeaba. Sólo era visible aquel rostro.

Un rostro como metido en. una hoguera; un rostro avejentado, con sombras bajo los ojos, la nariz, barbilla...

Un rostro que estaba avanzando, con su halo, en dirección a la atormentada Laura Brownrigg.

Un rostro, un hombre, que no andaba al parecer; sólo se deslizaba.

—¿Quién..., quién es usted? Se lo suplico... ¿Qué...?

—¿No se encuentra bien, aquí, señora Brownrigg?

—sonó la voz profunda, ronca.

—E... estoy sujeta a la cama; las abrazaderas me...

—¿Abrazaderas, señora? No veo ninguna.

—No me puedo mover.

Laura se interrumpió. Por un instante, su mirada que parecía roja a causa del resplandor del halo, pareció perderse, extraviarse. Luego, atónita, con mayor espanto, observó que podía moverse con entera libertad, que ninguna abrazadera sujetaba su cuerpo, sus brazos, sus piernas... ¡Estaba libre!

—¿Qué... qué significa todo esto? —inquirió, casi sin voz.

—He querido hablar con usted, señora Brownrigg.

—¿Quién es usted, qué quiere de mí, dónde estoy?

—No me reconoce, veo. Es natural... Son ya algunos años... Sí bastantes años. Usted no puede reconocerme fácilmente a alguien que murió hace ocho años. Sin embargo, le pido que haga un esfuerzo. En el Más Allá no deberíamos desfigurarnos tanto.

—No comprendo... ¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? Sáqueme de aquí. Y-yo... ¡Usted no puede estar muerto...! No creo que eso... Soy una mujer equilibrada.

—Entonces, no debería temblar de ese modo, ni tener tanto miedo, señora Brownrigg.

Tal vez todo esto sea sólo una pesadilla que tiene en estos momentos, mientras su consciente duerme apaciblemente.

Laura, con el corazón palpitante, enloquecido a causa del miedo, cerró los ojos.

Claro que era una pesadilla. ¡Claro que lo era! Y en cuanto abriese los ojos, se encontraría en su habitación, viendo penetrar la claridad del día por la ventana, y...

No.

No. Había abierto los ojos, pero veía lo mismo. ¡Lo mismo! El halo rojizo sobre un rostro apenas reconocible. Lo demás, sombras, sombras, terror... El hombre la miraba con terrible fijeza; parecía aplastarla con sólo el peso de su mirada.

—Puede levantarse, señora Brownrigg. Es más: se lo ruego. Podemos ver algo que, sin duda, le interesará. ¿Está dispuesta? Oh, no debe temer por sus ligeras ropas de cama; los muertos, es obvio hemos dejado atrás cosas del mundo al que pertenecemos; muchas cosas...

Laura, palidísima, pero con el reflejo rojizo en su rostro, realizó unos espasmódicos movimientos, hasta que pudo quedar sentada en el borde del lecho; su camisón era corto, y sin mangas, y sentía un frío húmedo, penetrante, que la hizo tiritar.

—Vaya caminando; de frente. Por favor señora Brownrigg.

Laura empezó a gemir, se resistía, temblaba.

—Camine—sonó, un poco más seca, aquella voz.

Tuvo que hacerlo; estaba completamente dominada por el pánico. Y su cuerpo delgado, pero esbelto, con formas aún sugestivas, tuvo que moverse. Era el suyo un caminar vacilante, y tan turbio el cerebro como si su somnífero hubiese consistido en dos botellas de whisky. Detrás de ella, sin el menor ruido, se deslizaba el hombre; parecía deslizarse, no caminar...

Y cuando Laura estaba pegada a la pared, sin comprender, sin osar volverse, sin fuerzas para despegar los labios, la pared pareció ceder; giraba hacia dentro, dejando una abertura.

—Entre. Y siga por delante, señora Brownrigg —dijo la voz.

—Por favor, no puedo más... —le temblaba la voz, le

castañeteaban los dientes—. ¡No puedo más...!

—No sea ingrata, señora Brownrigg. Le he dicho que voy a mostrarle algo que le interesará. Los muertos, usted comprenda, tenemos sorpresas para los vivos. Usted, de mi mundo de los difuntos, no sabe nada. Yo en cambio, sé bastante del mundo de ustedes, del mundo de los vivos.

—¡Usted no puede estar muerto...!

—¿Lo cree de veras? Estoy empezando a pensar que pierdo el tiempo con usted. Y me siento decepcionado. Creí que, pese a todo, me reconocería. ¿No se siente capaz de hacer un esfuerzo? Míreme. ¡Míreme!

Laura no quería volverse en aquellos momentos; sollozaba, se mordía los puños. Su cerebro era un caos; no entendía nada...

—Es una orden, señora Brownrigg: ¡Míreme!

Tuvo que obedecer.

Se volvió, encogida, empujando, con ojos saltones y enrojecidos, para mirar aquel rostro sumido, con zonas rojas y negras, a causa de la luz rojiza que le alumbraba por debajo de la barbilla. Lo único especial era el destello de aquellos ojos hundidos...

—Ya basta..., ya basta...—sollozó Laura.

—Es inconcebible... Pero camine. Siga adelante, señora Brownrigg; no tema, no tropezará. En el mundo de los difuntos no hay obstáculos... Camine, camine... Vamos a llegar dentro de medio minuto a un lugar muy interesante.

Laura avanzaba, como un auténtico fantasma; absurda con aquel camisón moderno y vaporoso, en aquel sombrío y tétrico ambiente, lleno de sombras, de humedad, de incomprensibles terrores... Avanzaba sin oír detrás a aquel hombre..., lo que fuese; pero él la seguía, la seguía...

Siempre con aquel halo rojizo.

—Estamos llegando, señora Brownrigg —dijo la voz—, ¿Ve una pequeña ventana a la altura de su cabeza?

—S-sí... Sí...

—Abra la.

Laura estaba inmóvil. Evidentemente, no estaba sujeta por aquellas abrazaderas, pero la inmovilizaba quizás algo peor: el pánico. Si al menos lograra comprender que estaba inmersa en una pesadilla... ¿Porque qué podía ser aquello, sino una pesadilla?

—Abra esa ventanilla, señora Brownrigg.

Sus brazos no obedecían apenas; era un esfuerzo tremendo; el frío se apoderaba de ella; por dentro, y por fuera. Tiritaba con más fuerza, sus dientes acabarían por destrozarse, en una guerra de unos contra otros. Y siempre el halo detrás, el hombre, o el rostro, del que sólo percibía la voz.

—Abra de una vez—ordenó la voz.

Una mano agarrotada, temblorosa, se alzaba por fin. Laura, con el cerebro en blanco en aquellos momentos, comprendía que debía obedecer, sólo obedecer; no pensar nada por su cuenta... Y aquellos dedos rígidos, torpes, consiguieron abrir aquella especie de ventana; no era cristal, ni había marco; se veían las ranuras, era todo. Y la hoja cedía hacia atrás.

—N-no... no veo nada...—gimió Laura.

—Oh, perdón.

Se hizo la luz, de súbito.

Una luz que, normalmente, en un ambiente ordinario, hubiese parecido más bien pobre. Pero allí, en medio de aquella densa oscuridad, la mortecina luz casi parecía la del sol.

—Ya hay luz, señora Brownrigg. Mire.

—No veo na...

Se le fue la voz; el corazón le dio un vuelco tremendo. Era allí casi junto a la ventana; algo que la hizo, por fin, gritar, y retroceder estremecida, llena de pavor, de asco... ¡Allí había más de cien víboras y viboreznos...! Vivían como lombrices, unos encima de otros, con sus bocas abiertas, sus lenguas bífidas, sus silbidos siniestros, visibles sus colmillos afilados, huecos para inocular su mortífero veneno.

—Siga mirando, señora Brownrigg. Créame, es lo menos malo que le puede ocurrir.

Verá más cosas. Esos indecentes bichos no es lo que más le interesa de ahí.

Laura tuvo que avanzar de nuevo hacia aquella abertura.

Los siseos de los bichos, algunos de los cuales, en especial viboreznos, reptaban hacia la ventana, estremecían a Laura, la cual, con enormes esfuerzos, pudo apartar su mirada del centenar de víboras, que se apelotonaban allí, y mirar más al fondo.

Gritó; un grito sofocado, roto. Las dos manos de Laura fueron a tapar su boca, a morderse los dedos, a morderse, sí, para cerciorarse de que aquello era cierto...

Estaba allí, con la cabeza dislocada; ojos cerrados, mechones rubio-gris en la frente, con las manos desolladas, encogido, muerto... El pobre señor McLeigh estaba allí, ¡allí, muerto! ¿Cómo era posible? No... No podía ser una pesadilla... Le dolían las manos, bajo la presión de sus dientes...

—¿Ya lo ha visto, señora Brownrigg? —inquirió la voz.

—S-s-sí...

—¿Todo?

—¡Ya es suficiente! Le ruego que...

—Creo que está en un error; no lo ha visto todo. Mire más hacia el fondo.

—¡No puedo mirar más ahí...!

—¡Hágalo! ¡Hágalo, de una vez, hágalo!

Laura, sollozando, agitando el camisón con su temblor de miedo y frío, volvió a mirar; sus ojos fueron más lejos aquella vez. Y de súbito, quedó rígida. Pareció olvidar los viboreznos, algunos de los cuales tenían sus lenguas muy cerca de ella; pareció olvidar a McLeigh. Incluso se olvidaba de sí misma, viendo al muchacho pelirrojo desnudo, tendido en el suelo, con los ojos abiertos, velados, cristalizados; con muchas manchas de sangre ya seca, sucio y verdoso el cuerpo...

Laura gritó. Pudo desgranar un grito ululante, por el que quería arrojar de su cuerpo todo su dolor, su terror...

Y tras el grito, como fulminada, cayó al suelo, mientras asomaban cabezas de víboras por la ventana.

—Ahora sí lo ha visto todo, señora Brownrigg —musitó la voz.

CAPITULO 6

SE removía en el lecho; gemía, estaba empapada en sudor.

Revuelto el cabello, palidísima, convulsa.

Sus manos, como garras retorcidas, se aferraban a algo.

Simplemente, a las sábanas que la tapaban. Y seguía con sus revueltas, sus gemidos y sollozos.

Hasta que abrió los ojos.

Ojos que expresaban un terror inhumano. Eso, en principio. A continuación, las pupilas de Laura Brownrigg se dilataban hasta que un espasmo sacudió todo su cuerpo, y lanzó un grito agudo, incontenible, vibrante, mientras se tapaba los ojos con ambas manos.

Luego, empezó a respirar con dificultad, hasta que empezó a reír. Una risa histérica, de cerebro trastornado. Así, pues, todo había sido una pesadilla, ¡sólo una pesadilla! Estaba allí, en su habitación, en la cama...

Miró a su izquierda, y vio el hueco que su esposo había dejado en la almohada de aquel lado. Todo bien; una simple pesadilla; terrible, monstruosa, eso sí... Pero pesadilla al fin.

¿Pesadilla?

Sentada en el lecho, iba recordando todo lo ocurrido. Al hombre del que sólo el rostro era visible; el hombre que decía estar muerto; el frío, las repelentes y venenosas víboras con sus viboreznos... Luego, a McLeigh, desnucado, con las manos llenas de sangre... ¡Y a Dave! A Dave, desnudo, lleno de sangre, verdoso el cuerpo... Aquellas paredes leprosas...

Todo, en su cerebro, formaba un conjunto nítido, vivo.

Meneó la cabeza, y volvió a gritar. ¡Era realidad, lo había visto, había vivido todo aquel horror...!

Temblaba en la cama, cuando sonó una discreta llamada en la puerta del dormitorio.

Quedó rígida, con su hierática mirada fija en la puerta.

Insistió la llamada, y se oyó una voz; la reconoció, era de Roscoe: —Señora Brownrigg... ¿Le sucede algo?

Laura jadeaba.

—Responda, señora Brownrigg —insistía Roscoe.

Por fin, Laura tomó conciencia de la situación, y lo único que hizo fue cubrirse un poco con las sábanas.

—Pase, Roscoe...—dijo, con voz casi irreconocible.

Roscoe abrió la puerta, y penetró en la estancia, mirando con

cierta perplejidad a la señora Brownrigg; dio sólo un par de pasos hacia ella.

—Oí que gritaba. Pensé que podía ocurrirle algo —murmuró.

Ella cerró los ojos.

—Ha... ha sido una terrible pesadilla... —dijo, con voz entrecortada.

—Comprendo. Debe tranquilizarse. Creo que todo saldrá bien, señora Brownrigg. Oí que su esposo se marchaba, hace ya más de dos horas. También miss Gowand fue a Santa Cruz, por... asuntos personales. Creo que ambos regresarán tarde. Si necesita algo, señora Brownrigg, no vacile en acudir a mí.

Laura se pasó las manos por el rostro blanco y sudoroso.

Meneaba la cabeza.

—No sé... No sé, Roscoe —murmuró—. Creo que debí acompañar a mi esposo... O, cuando menos, no quedarme sola aquí. He... he vivido algo espantoso... Roscoe, no puedo ni explicarlo, usted se reiría de mí...

Roscoe la miraba con cierto aire compasivo. Debía pensar, en opinión de Laura, que ésta era demasiado frágil, asustadiza, impresionable.

Laura musitó:

—No me cree una palabra, ¿verdad?

—No diga eso, señora Brownrigg. Todos, alguna vez, hemos tenido una insoportable pesadilla. Cálmese, y...

—He visto muerto a mi hijo...

Roscoe pestañeó.

—¿Cómo dice, señora Brownrigg?

—¡Es la verdad! ¡Y al señor McLeigh! Y... y esas horrendas víboras... ¡Pero no sé dónde!

Y... y he visto a un hombre que me aseguraba estar muerto...

Roscoe se mostraba atento, pero circunspecto. La señora Brownrigg optó por callar.

Hundió la barbilla en el pecho; descuidaba un poco la posición de las sábanas, y se veían sus delgados, blancos, y frágiles hombros, pero Roscoe no parecía prestar mucha atención a ello; parecía preocupado por otras cosas.

—Le traeré el desayuno, señora Brownrigg—murmuró—. No se mueva. Si no se siente bien, no se mueva de la cama.

—No, no... Intentaré despejarme, Roscoe. El día está muy gris, casi me asusta, pero hasta daré un paseo; cerca, no tema, no me apartaré mucho del albergue.

—Quizás sea lo mejor. Repito que no vacile en llamarme si necesita algo.

—Gracias, Roscoe.

Roscoe hizo una apenas perceptible reverencia, y abandonó la habitación. Laura, mareada, sintiendo deseos de volver a gritar, de llorar, desesperándose por recordar cómo y cuándo había visto todo aquello, logró, con un gran esfuerzo, ponerse en pie.

Notó frío y humedad en las plantas... ¡Era todo realidad, recordaba que pisaba un suelo muy húmedo y frío...!

Pero no podía ser... Ella no se había movido del cuarto.

Muy aturdida, casi corrió hacia el baño; magnífico baño el de aquel dormitorio; bañera rosa, con grifería reluciente, azulejo a tono, espacioso, con espejos... Una vez allí, Laura, desnuda, se metió debajo de la ducha. Nunca le había agradado la ducha fría, pero oyó decir en infinidad de ocasiones que era reconfortante, que aliviaba las tensiones. Y era lo que ella necesitaba: aliviar su tensión. O eso, o reventar de horror.

Salió del baño, y, sí, estaba algo más despejada; se vistió, con pantalón y jersey, y miró un instante por la ventana. Sólo alcanzaba ver bosque, a lo lejos, y nubes plomizas, que no tardarían en descargar. Muy deprimida de nuevo, se lanzó con decisión hacia la puerta. En aquel cuarto se volvería loca.

Tiró del pomo, pero la puerta no se movió.

Era absurdo...

Volvió a tirar, sin resultado; es decir, el mismo. La puerta no cedía. Entonces, muy nerviosa, lo intentó con todas sus fuerzas. Acabó por perder la serenidad, y golpeó y arañó la puerta, gritando. Sus golpes, sus sollozos, su histeria, no atraían a nadie aquella vez...

Podía ser una nueva pesadilla. ¡Era absurdo que no se abriese la puerta...!

Clavaba las uñas en la madera, se golpeaba contra la puerta; estaba, sin darse cuenta, de rodillas, temblorosa, con ojos saltones...

Una vez más la venció el miedo. El cerebro se defendía a su modo y Laura perdió el conocimiento.

*

Había oscurecido ya cuando el auto avanzaba por entre los charcos formados en el camino, a consecuencia de las lluvias. Había dejado de llover, y refrescaba; la visibilidad era más bien escasa.

No obstante, John Brownrigg no tuvo dificultad alguna en atravesar el camino de charcos, acercándose al albergue. Lo tenía ya a la vista.

Veía un lugar apacible, apartado, solitario... Había luz en el vestíbulo; luz que llegaba a la terraza, al centro, mientras que los extremos estaban a oscuras. Mientras iba llegando, Brownrigg tocó varias veces la bocina, en espera de que apareciese Laura, para recibirle.

Laura era enemiga de aquellos lugares, del mal tiempo, de las

llovias; debía haber pasado mal día.

Por lo pronto, seguía tocando la bocina con mayor insistencia, pero nadie salía a recibirle.

Quizás no le oían, por más raro que pareciese; quizás...

Segundos más tarde, dejaba el auto ante la terraza, se apeó, y caminó hacia el albergue.

Llegó al vestíbulo y no vio nada especial en el primer momento. No había nadie. Ni Laura, ni Ivy, ni el criado...

Fue al mirar hacia la derecha cuando respingó, y quedó muy quieto durante unos segundos.

Parecía que su cerebro no captaba aún con claridad aquella situación.

Allí, en un rincón, tendido en el suelo, estaba Roscoe. De bruces, encogidas las piernas, en grotesca postura.

Súbitamente pálido, Brownrigg miró en torno. Tanto silencio...

Un millón de ideas acudieron al mismo tiempo a su cerebro, hiriéndolo, turbándolo.

Luego, experimentó una brusca reacción, que le condujo hacia donde estaba Roscoe, en tierra. Dio unas zancadas, y luego se detuvo al ver el rostro de Roscoe, de boca al suelo; una boca que estaba sobre un charco de sangre...

No quiso tocarlo. ¿Para qué? Aquella postura, la sangre, la inmovilidad...

Brownrigg, húmeda la frente, soltó una especie de corto y ronco aullido, de súbito, y echó a correr hacia las escaleras.

Se atropellaba corriendo, del mismo modo que las ideas se atropellaban y amontonaban en su cerebro. Subía los peldaños de tres en tres jadeando, con ojos saltones... Y ya en el rellano, en el descansillo, corriendo en el distribuidor, empezó a gritar:

—¡Laura...! ¡Laura...!

Fue a estrellarse contra la puerta del cuarto.

Oyó una vocecilla temblorosa; un hilillo de voz que debía pertenecer a alguien en muy mal estado:

—John... John..., sácame de aquí... ¡Quiero salir!

Brownrigg, entonces, abrió la puerta.

Fue de un brusco tirón.

Allí, de rodillas en el suelo, estaba su esposa; allí estaba Laura, que miraba a su esposo con una mezcla de espanto, incredulidad, incomprensión. John había abierto aquella puerta con toda facilidad... ¡No era posible! ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Qué? Ella se había desesperado todo el día, rompiéndose las uñas, destrozándose los dedos, llorando, suplicando... Y llegaba John, y abría la puerta...

Brownrigg, por su parte, al ver la expresión de su esposa, entendió que, en efecto, había pasado un día pésimo... Enrojecidos y saltones

los ojos; ojeras, convulsiones... Ni siquiera podía seguir hablando.

—Laura..., ¿puedo saber qué te ocurre? —susurró.

Ella no podía responder.

John soltó un suspiro; giró, cerró la puerta, y luego se acercó a Laura, tomándola por los hombros; la puso en pie, la abrazó. A pesar de su carácter brusco, de que pisaba a conciencia infinidad de cosas, Brownrigg sentía debilidad por aquella frágil mujer. Había sido muy hermosa, una muñeca, en años anteriores. Seguía pareciéndole bonita; la amaba tanto como a Dave..., y al dinero...

—Vamos, vamos, cálmate, querida... Siéntate ahí.

La llevó al borde del lecho, y la sentó, sin que Laura acertara a pronunciar aún una palabra.

Brownrigg se sentó a su lado, acariciándola.

Estaba preocupado por algunas cosas, pero aliviado al ver a Laura con vida; temió lo peor al ver a Roscoe muerto. Roscoe, era evidente, no había fallecido por causas naturales... Temió que al llegar al cuarto vería a Laura como a Roscoe...

—Laura, tengo ya el dinero; lo he dejado abajo, en el auto. Iré a buscarlo, y esperaremos la nota de Gowand. No he visto a Ivy...

Laura abría la boca, pero ningún sonido brotaba de su garganta. Se le paralizaba la voz.

—Tengo que comunicarte una mala noticia... Y no comprendo nada. Nada, Laura.

Abajo..., abajo, muerto, está Roscoe... Quizás Gowand se acercó mucho, Roscoe le vio, y...

Parece ser que Gowand no se and« con contemplaciones... Voy a darle el dinero, sí, pero no pararé, luego, hasta verle en la cárcel... Aunque la cárcel me parece un precio ridículo.

Hasta soy capaz de contratar un asesino profesional para que le descuartice, al muy...—se excitaba, enrojecía, pensando en su terrible venganza—, Pero, mientras, vamos a aparentar calma... ¿De acuerdo? Voy a investigar algo sobre lo ocurrido con Roscoe...

Pero, dime, ¿dónde está Ivy?

Laura meneaba la cabeza.

Brownrigg, ya nervioso, se dejó arrebatar por la ira.

—¡Responde de una vez, estúpida! ¡Habla! ¿Qué demonios ha pasado hoy aquí? —gritó.

La zarandeó, furioso. Laura, entre las manos de Brownrigg, parecía una muñeca desmadejada; se agitaban sus cabellos, le entrechocaban los dientes.

—Por favor, Laura, reacciona...

—John... John, es horrible... ¡No entiendo nada! He... he pasado todo el día en el cuarto... Mira mis manos; míralas... He... he dejado las uñas en la puerta... ¡No podía abrir! Y llamaba, me desgañitaba,

nadie me oía...

—¿Que no podías abrir la puerta? —gruñó Brownrigg.

Ella sacudía la cabeza.

—¡No, no, no...! ¡No podía! ¡No he podido! Y... y llegas tú, y... Dios mío, mi cabeza...

—Laura, serénate...

—Y han matado a Roscoe, claro... ¡Por eso no me oía nadie! El pobre señor Mifflin ha podido morir también. O quizás, por ser un inválido, no podía subir... Pero no es eso todo, John... He... he visto algo horrendo, monstruoso... ¡Es inútil que hayas ido a buscar el dinero! ¡Jamás volveremos a ver con vida a Dave...!

Y estalló en violentísimos sollozos, que crisparon a Brownrigg.

—¿Qué estás diciendo? —masculló el hombre.

—L-le... Le he visto muerto... ¡Está muerto! —chilló, agudamente, Laura—, Y a McLeigh... ¡Y he visto cien víboras, y a un muerto que ha regresado al mundo de los vivos...! ¡Lo he visto, lo he visto, lo he visto...!

Se agitaba, sollozaba, sus ojos querían saltar de las cuencas.

Palidísimo, resaltando mucho las pecas de su rostro, Brownrigg la sujetaba, temiendo, quizás, que aquellos espasmos la desencajaran.

—Laura..., nada de eso es posible... ¡Ni siquiera tiene sentido! ¿Dónde y cuándo has visto a Dave? Por favor... ¡Y esa puerta podía abrirse, yo lo he hecho con facilidad! Laura, creo que lo mejor es que te serenes, o que te marches de aquí. Yo esperaré solo noticias de Gowand... Ese maldito... Dios, si lo agarrase entre mis manos...

Se le hincharon las venas de las sienes a Brownrigg.

Laura sacudía aún la cabeza.

—John..., sácame de aquí —suplicó.

—Sí, será lo mejor... Ahora mismo. Lo peor del caso es que McLeigh no está aquí, Roscoe ha muerto, y... y sólo puedo deducir algo por las locuras que me estás explicando.

—McLeigh ha muerto...

—¡Pero tú no has podido verlo, Laura! ¿Cuándo, cómo, dónde?

—No lo sé.

Brownrigg, nervioso, se puso en pie.

—Estamos desvariando —rezongó—. Es mejor que nos demos prisa, y salgamos de aquí. Iremos a Santa Cruz. En menos de cuarenta minutos puedo hacer el camino de ida y vuelta. ¡Yo tengo que estar aquí para cuando lleguen nuevas noticias sobre el rescate de Dave! Pero tú te alojarás en algún confortable hotel de la ciudad; avisaré a alguna enfermera, a... Oh, no perdamos tiempo. Y ya veremos si una vez allí decido contar con la policía.

—Todo es inútil, todo es inútil... —gemía Laura.

—No pierdas tiempo. Haré tu maleta y saldremos de aquí.

Brownrigg dejó a su esposa aún sentada, y se dirigió hacia el “closet”, en busca de la maleta.

Laura, cuando su esposo estaba preparando el exiguo equipaje, se puso en pie, y con pasos de autómatas, muy abiertos los enrojecidos ojos, fijos en la puerta, avanzaba hacia ella.

Llegó frente a la puerta, se detuvo, y tragó saliva.

Era cierto que se había roto las uñas allí.

Era cierto que había golpeado y arañado hasta el agotamiento.

Sin embargo, llega John, y...

La diestra de Laura, temblorosa, con sangre en las puntas de los dedos, se acercó al pomo de la puerta. Trató de abrir.

No.

No podía.

¡No podía!

—¡Jooooohn...! —gritó, histérica, retorciéndose.

Brownrigg respingó ante el agudísimo grito, y corrió hacia ella.

—Laura, ¿qué ocurre ahora?

—¡No puedo abrir...!

Brownrigg soltó un resoplido.

—¡Pues es muy fácil! —masculló.

Su mano, su fuerza, tropezaron entonces con un obstáculo imprevisto. La puerta no cedía. Aquella puerta no podía ser abierta. Intentó una sonrisa, aunque el desconcierto y el miedo, que hacia su aparición por primera vez, en un negro ramalazo de sus pupilas, dejaron la sonrisa convertida en una mueca extraña, en un trazo pálido, desvaído.

—¡Abre, abre, abre, te lo suplico...! —imploraba Laura.

—Espera, es un segundo... —respondió, ronco, John.

Imposible.

Algo impedía que aquella puerta fuese abierta.

John también arañó, golpeó; se lanzó contra la puerta.

Rabioso, desconcertado, con el miedo creciendo en su mente, agarró una banqueta tapizada, y se lió a golpes contra aquella puerta.

—¡Á b r e t e , m a l d i t a , ábrete...! —gritaba, entrecortadamente.

Lo único que consiguió fue destrozar la banqueta.

Inútil.

Era imposible abrir.

Miró en torno, asustado, acorralado. Laura, pegada a él, temblaba convulsivamente, sollozando.

—¡Deja de llorar, tiene que haber una solución! ¡La ventana!

Casi derribó a su esposa, al empujarla para desprenderse de ella y corrió hacia la ventana. Los cristales era fáciles de romper, sí, y abriría, y saltaría como un mono, como fuese, y... ¿Qué era aquello?

¿Y los cristales? ¿Dónde estaban los cristales? Era una plancha brillante, que ocupaba todo el marco de la ventana.

—¡Abrid...! ¿Qué significa esto? —aullaba Brownrigg.

Golpeaba, gritaba, se desesperaba.

Laura, de rodillas, rota de espanto, sin acertar a comprender, miraba la impotencia de su esposo.

—Están muertos..., están muertos... Nosotros moriremos también— sollozaba Laura.

—¡Cállate! No es posible... Tiene que existir una solución, una salida... ¡Calla de una vez!

CAPITULO 7

El "Hillman-Minx" conducido por Ivy se detuvo ante la terraza. Se apeó, con cierta desgana, como abatida. No tenía prisa. El cuadro que estaba contemplando era el mismo de siempre: el solitario albergue, más sórdido por momentos. Nunca lo olvidaría. Allí había perdido a Dave... Estaba muy desalentada, cuando penetró en el vestíbulo.

No vio a nadie.

Casi arrastrando los pies, denotando cansancio, fue a sentarse en un sillón. Del bolsito extrajo el paquete de cigarrillos "Melanchrino" y el encendedor; encendió un cigarrillo, y trató de relajarse, fumando, sin pensar en nada. Lo cierto era que temía su reencuentro con los Brownrigg; en especial, con míster Brownrigg, claro. ¿De qué más la acusaría aquella vez?

Estaba a mitad del cigarrillo, cuando oyó pasos; los conocía. Cada persona tiene su manera peculiar de andar, y Roscoe era de los que casi no hacen ruido; tal vez por deformación profesional; como criado que no quiere molestar.

Miró hacia aquella entrada que daba al pasillo de las interioridades del rancho-albergue. Allí llegaba Roscoe, con su expresión afable, que parecía dedicar de modo casi exclusivo a aquella guapa joven. Esta le dirigió una mirada patética, y Roscoe, ya casi junto a ella, dijo:

—Casi no necesito preguntar, miss Gowand. Su expresión...

—Nada, Roscoe. Me he fatigado de modo inútil... Es más: temo haber llamado la atención con la búsqueda desesperada de mi padre—musitó Ivy.

—Lo siento. Pero ello no es definitivo, miss Gowand...

—Ojalá tuviera razón, Roscoe. He telefoneado cien veces a mi casa, y mi padre no responde. He investigado en hoteles, pensiones; he recorrido toda la ciudad de Santa Cruz... Me siento cansada, desmoralizada, asustada...

Aplastó el resto del cigarrillo en un cenicero, y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

En tal actitud, musitó, como si tuviera miedo de hacer la pregunta: —¿Y... los Brownrigg?

—Se fueron, miss Gowand —fue la respuesta de Roscoe.

Ella abrió los ojos; parecía sorprendida.

—¿Se fueron? Pero...

—Llegó míster Brownrigg con el dinero. La verdad es que no sé cómo ni cuándo, pero el secuestrador, o secuestradores, dejaron una

nueva nota especificando detalles que..., ignoro. Lo siento, pero ignoro lo que debían hacer los Brownrigg, y dónde dirigirse... No me hicieron confidencia alguna, no me dieron explicaciones. Se marcharon con el auto y el dinero, simplemente.

Ivy se mordía los labios.

—E-es... es una terrible desconsideración... —casi sollozó luego—. Ellos saben que amo a Dave... Han debido darse cuenta de que esto no es un juego; no es cosa de niños alocados. Hemos podido ser un poco irresponsables, pero la culpa no es del todo nuestra. ¡Han debido esperarme, o comunicarme dónde y cómo van a rescatar a Dave!

—Yo lo pensé, miss Gowand, pero..., no me atreví a sugerirlo. Lo siento.

—Le comprendo, Roscoe. No es culpa suya... ¿Hace mucho que se fueron?

—Quizás una hora; algo menos.

—Ya... Dios mío, ¿qué puedo hacer, Roscoe?

Roscoe parecía reflexionar.

Siempre comedido, respetuoso, aunque su mirada, en más de una ocasión, dibujaba la curva de los muslos de la bella Ivy.

—Regrese a su casa, a San Francisco, miss Gowand —dijo, por fin.

—No puedo... No puedo hacer eso, Roscoe. Debo aguardar noticias. Ya sé que los Brownrigg no me dirán una palabra, pero Dave, una vez a salvo, vendrá a...

—Lo dudo, miss Gowand—cortó Roscoe.

—¿Por qué razón? —inquirió ella, sorprendida.

—No quisiera ofenderla ni molestarla...

—No diga eso, Roscoe. Insisto.

—Bien... El caso es que, en mi opinión, Dave Brownrigg, en definitiva, no deja de ser el hijo único de una familia de evidente poder económico. Por lo que he oído, y por lo que deduzco, se trata de un muchacho mimado, caprichoso... Estoy seguro de que en estas horas en que permanece secuestrado, ha debido pasar mucho miedo. Mucho. Es lógico.

Y..., de algún modo, la debe relacionar a usted. Debe pensar que si no hubiese venido aquí con usted, nada le habría ocurrido. Su mente puede ofuscarse, y..., usted salir mal parada.

—Roscoe, él me ama, y...

—Tal vez, miss Gowand, pero..., ¿usted sigue mi proceso?

—Sí, sí, comprendo lo que quiere decir.

—¿Lo considera absurdo?

Ivy se mordió el labio inferior.

Reflexionaba.

Ante su silencio, Roscoe prosiguió:

—Si el rescate se lleva a efecto con normalidad, como es de esperar

—decía—, todo el miedo, el resentimiento, que pueda albergar Dave Brownrigg puede revolverse contra usted, a poco que sus padres se lo propongan. Es más: están convencidos de que el padre de usted es el autor del secuestro. Los muchachos como Dave son muy influenciadores; raramente poseen una personalidad fuerte, definida. Son..., débiles. Por contra, míster Brownrigg es un hombre fuerte, vital, seguro de sí mismo. Convencerá con facilidad a su hijo de que no debe volverla a ver, miss Gowand.

Ivy tenía los ojos muy abiertos.

—Roscoe..., dicho así... Dicho así, hasta parece que vaya a ocurrir, realmente...

—Sé que le causo dolor, pero, por lo menos, ahórresela decepción, miss Gowand.

Ella meneaba la cabeza.

—No sé qué hacer, Roscoe... De veras. Lo que usted ha dicho posee lógica, sentido... Es cierto que Dave es influenciado, mimado... Y el señor Brownrigg le puede convencer de lo que quiera... Pero aún quiero confiar en él.

Roscoe hizo un gesto de duda.

—Nadie le impide quedarse, miss Gowand —dijo—, pero piénselo. No volverá aquí, estoy convencido. No se lo permitirán. Dave Brownrigg, una vez al lado de sus padres, y ante los reproches de éstos, hará cientos de promesas prometerá todo lo que ellos quieran, contento, feliz, por verse a salvo. Y la odiará a usted, miss Gowand; y a si padre...

—Roscoe, por favor, se muestra muy duro...

—Realista—cortó Roscoe.

Ivy miró en torno.

Quizás Roscoe estuviera en lo cierto...

Por lo pronto, una prueba sintomática era el hecho de que los Brownrigg, al tener noticias de Dave, al correr en su busca, ni siquiera la habían esperado; no le habían dejado una mala nota del lugar donde debían recoger a Dave, tras la entrega del dinero...

—Puede pensarlo, miss Gowand —insistió Roscoe.

—Casi no me atrevo. Me...

Se interrumpió.

Miró, con ligera sorpresa, hacia el marco del pasillo, por donde acababa de aparecer el señor Mifflin, en su magnífica silla de ruedas. Una silla confortable, comodísima, amplia.

El señor Mifflin, con sus cabellos grises, ralos, sin sus gafas redondas, con una sonrisa, con aquella sempiterna ansiedad en sus ojos...

—Señor Mifflin, parece que se encuentra bien —dijo Ivy.

—Oh, he mejorado, en efecto. Son pequeñas crisis, que pasan

pronto, por fortuna.

Debo darle las gracias por su interés, miss Gowand.

—Temí que su salud se resintiera más.

—Ya ve que no. Creo que... han ocurrido cosas extrañas, extraordinarias, estando yo enfermo, miss Gowand.

—Sí...

—Roscoe es un hombre parco, a veces, en la palabra, pero siempre le saco algo. No era sólo curiosidad por mi parte, compréndalo; es auténtico interés, puesto que ocurrió en mi casa... Es el primer incidente que debemos lamentar desde que exploto el albergue.

Siento que usted haya salido perjudicada; es tan joven y tan bonita, miss Gowand...

Ivy respiró hondo.

Miró a los dos hombres, y musitó:

—Necesito su consejo... Roscoe, ¿Sigue pensando que debo irme a casa?

—Por supuesto, miss Gowand.

Con una sonrisa, el señor Mifflin dijo:

—A mí también me parece lo más sensato, miss Gowand. Ojalá pudiésemos ayudarla de un modo más efectivo, pero me temo qué no está a nuestro alcance.

Ivy encendió otro cigarrillo; estaba nerviosa.

No sabía por qué, la encogía un tanto la presencia de aquellos dos hombres. Roscoe, por sí mismo, ya la cohibía. Estando los dos juntos aún era mucho mayor la presión psíquica que sentía. ¿Y por qué? Eran dos hombres afables con ella, querían ayudarla... La sensación, no obstante persistía: ellos querían ejercer sobre la joven Ivy un dominio psíquico. Y lo estaban consiguiendo...

Aquellas miradas oscuras; el hombre inválido, rey en su silla. Y Roscoe, mirándola con aquella fijeza...

Se sintió insignificante, desnuda, desvalida...

Pudo disimular con el cigarrillo. Pero lo apagó cuando había fumado menos de la mitad, y se puso en pie.

—Creo que tienen razón —dijo, con un suspiro—. Sin embargo, si Dave corriese aquí, a buscarme, yo...

—Si la ama de veras, miss Gowand, él comprenderá. Y lo mismo da que la encuentre aquí que en sir casa de San Francisco —dijo Mifflin.

—Es cierto... Por otra parte, en cuanto llegue a San Francisco, lo primero que haré será interesarme por los movimientos de mi padre. Una cosa que se me ha ocurrido es que ha podido sentirse enfermo, y quizás se encuentre en el hospital; o algún accidente... No debo dudar de mi padre. ¡No debo! Ni tampoco del amor de Dave... Si me quiere, comprenderá; usted tiene razón, señor Mifflin.

Mifflin sonrió.

—Ya sabe..., los años no pasan en vano —dijo—. Uno tiene su poca de experiencia, miss Gowand. Ojalá en verdad la estemos ayudando.

—Creo que sí... Haré mi equipaje, y saldré hacia San Francisco esta misma noche. Cada vez me asusta más lo que haya podido ocurrir con mi padre.

—Roscoe puede ayudarla, si necesita alguna cosa...

—No, no, muchas gracias. Es cuestión de poner unas cosas en un “week-end” y salir con el auto..., que es de Dave. Espero que no me acusen también de robo de automóvil...

Por cierto, señor Mifflin, personalmente no puedo pagar mi estancia aquí... Dave tenía dinero, que aún debe estar en su cuarto, y yo... —enrojeció un poco, incluso.

—Criatura, ¿acaso le preocupa eso? —protestó el señor Mifflin—, Olvídelo, por favor.

Márchese cuando quiera... Y si alguna vez nos recuerda, cuando todo esto se haya olvidado, no deje de visitarnos...

—Son muy amables... Gracias por todo, señor Mifflin, Roscoe...

Entonces, giró, y se encaminó hacia las escaleras...

Se sentía bajo el dominio de algo, de alguien...

La estaban mirando, tenía la seguridad.

Sabía que si se volvía tropezaría con aquellos dos pares de ojos, que hasta la impresionaban.

Decidió prescindir de ello; estaba impresionada, cansada, débil. Estaba a punto de perder demasiado...

Fue a su cuarto, y en cuestión de diez minutos, puesto que lo tomó con calma, puso sus cuatro cosas en un “week-end” rojo. Luego, tras mirar en torno, tras llenársele los ojos de lágrimas, pensando que todo hubiera podido ser muy distinto, abandonó la estancia. Por el pasillo, caminando, vio las demás puertas abiertas; todas las habitaciones estaban ya desocupadas.

Poco después, estaba de nuevo en el vestíbulo, despidiéndose de aquellos dos hombres.

Y se sintió mejor cuando, ante el volante del “Hillman-Minx”, maniobraba.

Desde una ventana, Roscoe, discreto, la observaba.

—Por fin se marcha —gruñó.

—Una chica recalcitrante —rezongó Mifflin—. Nunca comprenderá nuestros motivos y esfuerzos para alejarla de aquí... Nunca.

Roscoe, observando los pilotos traseros, rojos, del auto, permanecía silencioso.

*

Aquel camino de tierra, con baches y charcos a causa de las lluvias había que recorrerlo a discreta velocidad, a menos que uno deseara acabar dando un salto hasta alcanzar la copa de alguno de los pinos

que bordeaban el camino, con bosque a los dos lados.

Llevaba Ivy unos diez minutos rodando, a mitad de camino de la pista de Seabright, cuando las luces largas de sus faros descubrieron, en mitad del camino, una silueta, un hombre; alguien que estaba agitando los brazos, en clarísima señal de parada para el vehículo que se estaba aproximando.

Ivy vaciló un poco, peto puesto que el hombre parecía necesitar el vehículo, y no se apartaba del centro del camino, acabó por reducir la velocidad, y detenerse a unas yardas de aquel hombre, que se apresuró a acudir a la ventanilla, puesto que, al parecer, Ivy no tenía la menor intención de aparecerse.

No obstante, Ivy se tranquilizó, al observar el aspecto de aquel hombre; un tipo curtido, de más de cincuenta años, vestido con la cazadora y la guerra con el emblema de guardabosques. Llevaba una carabina plegable, cruzada a un costado.

—Perdón, señorita, no la molestaré mucho —fue lo primero que dijo el hombre—. Sólo necesito llegar al cruce con la pista cuanto antes. Allí hay teléfono, y necesito realizar una llamada urgente.

Ivy asintió con un movimiento de cabeza, e hizo un gesto. El guardabosques, entonces, rodeó el morro del auto, y pasó al interior por la otra portezuela, acomodándose, cuando Ivy arrancaba ya de nuevo.

—¿Ha ocurrido algo? —inquirió, distraídamente, Ivy.

—Y bastante raro, además... Muy raro, sí... Yo no suelo beber, ni veo visiones, señorita... Pero aún dudo de ciertas cosas... ¿Usted cree que alguien es capaz de deshacerse de un soberbio "Jaguar" plateado por capricho?

Ivy le dirigió una viva mirada.

—¿Cómo dice, señor? —musitó.

—Le sorprende, ¿eh? Parecía un pequeño meteoro avanzando por este camino. Luego, llegó a la pista, y..., izas! Yo estaba arriba, en la cumbre; domino el camino, la pista, Twin Lakes... Una vista maravillosa, inmensa... Y eso es lo que vi: el "Jaguar" dejaba la pista para precipitarse al agua.

—Pero... ¡Ese auto debía conducirlo alguien...!

—Por supuesto, señorita. Pero lo curioso, y ya se lo he dicho, es que ese alguien, el conductor, saltara del "Jaguar" justo a tiempo para no caer al lago con el auto. A esto le llamo yo deshacerse de un vehículo. ¿O no lo cree?

Ivy casi perdió la dirección.

Su mente, de pronto, se abrió a unas nuevas perspectivas, que comprendía menos.

¡El "Jaguar" plateado era el auto de los Brownrigg!

—Pero..., ¿está seguro de que sólo saltó del auto una' persona? —

inquirió Ivy.

—Segurísimo. Claro que ya empezaba a oscurecer, y la distancia me impidió apreciar detalles, pero..., lo dicho: alguien saltó del coche y dejó que éste se precipitara al lago.

Luego, quien fuese aquel hombre, se esfumó. No pude localizarle; y se comprende... Lo que temo es que ese auto encierre algo más que el simple capricho de un tipo, de arrojarlo al lago. ¿No le parece a usted, señorita?

Muy atribulada, sin encontrar una explicación con sentido, Ivy no respondió.

Pero pisó con más fuerza el acelerador, y el “Hillman-Minx” parecía avanzar a saltos, planeando a veces.

Corría tanto como los pensamientos de Ivy, o casi, en aquellos momentos.

—¿Y qué va a hacer? —inquirió, por fin, Ivy, ya cerca del cruce.

—Llamar a una patrulla, y hablar con ellos. ¿Qué otra cosa? —fue la respuesta del guardabosques.

—Claro...

—Se supone que se las arreglarán de algún modo para rescatar el auto. ¿No cree?

—Sin duda... —musitó Ivy.

—¿Y sabe qué sospecho que encontrarán? Un cadáver... Sí... Cada vez que lo pienso me convenzo más: hallarán un cadáver, o algo sucio... Estamos llegando, señorita.

Ivy fue reduciendo la velocidad, y se detuvo casi junto a la cabina telefónica. El guardabosques se apeó, dándole las gracias, y se introdujo en la cabina. Ivy le miraba con los ojos muy abiertos. Parecía no saber qué hacer, pero tomó una súbita decisión.

Maniobró con un veloz giro de ciento ochenta grados; es decir, cambiando el sentido de la marcha, enfilando de nuevo el camino de regreso al rancho-albergue, ante el asombro del guardabosques, que estaba realizando su llamada.

Ivy, acuciada por extraños pensamientos, hacía el camino de vuelta a la mayor velocidad permisible por el terreno, con pinos desfilando velozmente a ambos lados del auto.

Tenía que hablar con Roscoe y el señor Mifflin. Con Roscoe, más concretamente. Este sabría quién iba en el auto... Lo lógico es que viajasen míster Brownrigg y su esposa; y si del auto sólo saltó un hombre, había que deducir que en el fondo del lago estaba el “Jaguar” con la señora Brownrigg. ¿O no era eso? ¿Y qué había hecho míster Brownrigg?

Sacudió la cabeza; no lo comprendía.

No obstante, resultaba evidente que algo grave había sucedido.

Algo que el guardabosques iba a poner en conocimiento de alguna

patrulla, mientras que ella trataría de aclarar más cosas en el albergue.

Transcurrieron unos dieciocho minutos antes de que estuviera a la vista de aquel lugar; la sempiterna luz en el centro de la terraza, y los extremos a oscuras. No había nada, nadie...

Frenaba ante la terraza, se apeó del auto, y corrió hacia la entrada, hacia el vestíbulo-salón, donde no había nadie.

Podía encontrar a Roscoe en cualquier lugar de la casa.

O al señor Mifflin; también podía haber visto partir el “Jaguar” de los Brownrigg.

CAPITULO 8

HABIA sido una caída espectacular, imprevista. Imposible de evitar. Fue la atracción de aquella ventanilla de ventilación situada sobre la bañera. Brownrigg quiso ver si por allí podía pasar, y evadirse de aquel cuarto misteriosamente cerrado. Y estaba con su esposa sobre la bañera, tratando de ver sus posibilidades respecto a aquella ventana.

Fue cuando la bañera giró, dando una vuelta de campana, y soltando a un oscuro vacío a sus ocupantes.

Fue un descenso en el que vibraron los gritos de terror de la señora Brownrigg, y el ronco, espanto también, de Brownrigg. Por fin, tras el vuelo a oscuras, el doble golpe contra el suelo. Dos cuerpos tendidos en la oscura humedad de un lugar desconocido.

Tras los ecos del doble golpe, empezó a percibirse el jadeo de míster Brownrigg, que sentía dolor en el brazo izquierdo, con el que había detenido la caída, por lo menos en gran parte.

—Laura...—susurró, roncamente—. ¡Laura!

No veía nada; apenas oía más que sus jadeos, su propia respiración, el eco de sus llamadas.

—¡Laura! —estalló.

Calló; contuvo la respiración.

Sí, oía algo, cerca de él. Fue tanteando, gateando, metiendo las rodillas en la humedad, con las manos adelantadas, y los ojos muy abiertos, aunque era inútil. No obstante, tras rebuscar por el corto recinto, pudo tocar el cuerpo de su esposa. Antes de que Brownrigg se ocupase de averiguar si Laura estaba con vida, ella empezó a gemir, a quejarse, a buscar con manos engarfiadas, temblorosas, a su marido, hasta que se aferró a él, como el náufrago a la tabla de salvación.

—Laura, ¿estás bien? —inquirió, con voz poco firme, Brownrigg.

—No sé... Dios mío, no sé... ¡La pesadilla, John! ¡Todo es verdad...! Pero no lo entiendo...

—Tenemos que salir de aquí, Laura... Tiene que haber salida. Es lógico pensar que...

Debió tocar algo, hacer algo... Y con largo grito, ambos volvían a aquel aterrador vacío oscuro.

Aquella vez, la caída fue un poco más larga, y chapotearon con sus cuerpos, quedando en una estancia que no podían ver, no podían percibir sus medidas. Tan sólo que allí, aturdidos, agarrados, magullados, llenos de pavor, oían algo... Alguien silbaba; silbidos

breves, extraños; por supuesto, sin la menor melodía.

Y al primer silbido, se agregaron otros.

—¡Las víboras...! —chilló, de súbito, descompuesta, Laura.

Y su histérica reacción la impulsó a separarse de Brownrigg, y correr alocadamente a algún lugar de la estancia con la esperanza de que fuese la puerta, pero se estrelló contra el muro de cemento; contra una de aquellas paredes que parecían haber contraído la lepra.

Chocó contra el muro, y al rebote oyó un siseo tan cerca de su oído, que lanzó un estremecido y agudo grito, dejándose caer al suelo; el grito se repitió, más histérico, roto, inhumano, cuando su cuerpo cayó sobre algo más blando, muy frío... Cuando tocó un cuerpo humano desnudo, que ella recordaba verdoso...

—¡Laura...! Voy a encender alguna luz; tengo encendedor... No te alejes más. ¡Laura, responde!

Brownrigg, con mano temblorosa, extrajo su encendedor.

No comprendía muy bien aquellos silbidos, siseos, rumores... Las víboras, había dicho Laura... Pero Laura estaba loca...

Y el propio Brownrigg gritó agudamente, lleno de espanto y asco cuando una lengua tocó su cuello; se apartó como pudo, dando un salto, y debió aplastar a algún pequeño reptil; notaba agitación bajo su cuerpo.

Tenía que encender la luz, ver, llamar a su esposa...

—¡Laura...!

Su encendedor, tras dos intentos, mostró una llamita. Era suficiente, sin embargo, para que Brownrigg pudiera echar un vistazo en torno, y quedar convertido en un remedo de fantasma; una lividez cadavérica se fue apoderando de su tez; la llama, a causa del temblor de su mano, empezó a oscilar; y, por ende, oscilaban aquellas sombras, aquellos reptiles en movimiento, que parecían multiplicarse...

Vio a Laura, temblando, encima de un cuerpo humano desnudo y casi verde; ¡a piel húmeda, fría, sin riego sanguíneo, debía formar algún moho. Y Brownrigg, hierático, contemplaba el cuerpo de su hijo; apenas dirigió una mirada al de McLeigh.

Le ardía la mano con la que sujetaba el encendedor.

Veía a Laura, entonces, que había recobrado el movimiento, y avanzaba a gatas hacia él, sollozando, y riendo, con un reptil enredado en su cabello... Brownrigg sólo tuvo una idea, para que el reptil dejase en paz a Laura; le acercó la llama, y, en efecto, el viborezno saltó, pero la llama prendió en los cabellos de Laura, la cual gritó, loca de terror.

Fue, por un instante, una especie de antorcha, pero Brownrigg, que había tenido que soltar el encendedor, que tuvo que perderlo, pudo apagar aquella antorcha, quitándose rápidamente la chaqueta,

tapando con ella, aplastando con ella, la cabeza de su mujer, que se debatió en mil espasmos de angustia.

Y allí estaban, abrazados, tiritando, presos por el más profundo terror, cuando apareció un recuadro de luz, y se oía una voz; una voz que Laura reconoció: —Salgan.

Laura reaccionó con inesperada brusquedad. La protección de John no era suficiente.

En modo alguno... Cien víboras acabarían emponzoñándoles mortalmente, si seguían un minuto más allí. Por tanto, corrió hacia aquella puerta que se había abierto, gritando, sollozando...

John Brownrigg tuvo que seguirla, sin comprender aún nada, a excepción de que aquello era el infierno.

Cuando abandonaron la estancia, se cerró la puerta, dejando encerradas cien víboras alteradas y furiosas, sin presa.

Estaba el espíritu... Al fondo; había retrocedido; se veía el rostro entre sombras con el halo rojizo; nada más era visible.

—Vayan siguiéndome—dijo la voz.

Brownrigg, en mangas de camisa, lívido, tiritando, envuelto en una capa de sudor helado, tuvo fuerzas para mascullar:

—¿Quién es usted...?

—¿No le ha hablado su esposa de mí? Tuvimos una interesante entrevista esta mañana.

Brownrigg se humedeció los labios.

Tonterías; los muertos no vuelven... Nada de espíritus. Aquel tipo estaba tan vivo con él mismo. Y Brownrigg pensó que el miedo debía olvidarlo, y hacer frente...

—¡Avancen! —ordenó, con seco tono, aquella voz.

Laura se pegó a John, y ambos avanzaban por el pasillo, siguiendo a aquel halo rojizo.

Brownrigg iba muy atento; en cualquier momento, aunque fuese sin Laura, había cometido una estupidez al dejarle salir del nido de víboras... Iba a distraerle; iba a ocuparle con otras cosas, para cuando, llegado el momento, poder sorprenderle y escabullirse de aquel horror.

—Mi hijo está muerto... Lo he visto... —musitó Brownrigg—. Ha sido usted... Sabía que estaba muerto, y aún pedía rescate....

—Exijo mucho más aún, Brownrigg. Mucho más. Su hijo ha sido el principio del pago de la deuda. Por supuesto, tengo también el cuarto de millón de dólares que fue a buscar esta mañana a San Francisco. Pero eso es ínfimo, con respecto al total de la deuda. Usted acérquese más, Brownrigg, y mire bien mi rostro...

—¿Para qué quiere dinero un espíritu?

Se oyó una risa ronca, rara, breve.

—También en el infierno hay que vivir, Brownrigg. Para mi, el

infierno, es mi modo de vivir..., en el mismo mundo que ustedes, por supuesto. Su esposa es más impresionable, y crédula, Brownrigg. Ella creyó...

Cesó la voz.

Brownrigg, con un fuerte resuello, creyó que había llegado el momento de actuar. Y lo hizo; dejando a solas a Laura en aquel tétrico, oscuro, y húmedo pasillo. La dejó sola, para lanzarse contra aquella puerta que había visto, entrevisto, en su avance; una puerta significaba una salida...

Laura gritó. Trató de ir con John, pero éste ya había abierto la puerta, desapareciendo.

Laura empezó a sollozar, a gritar, golpeando la puerta con los puños.

—¡John, no me dejes aquí...! ¡Jooohn...!

La voz había cesado sí.

Laura miró de soslayo.

El rostro en sombras parecía inmutable.

Ella quiso abrir, pero se mostraba muy torpe. La voz, entonces, sonó de nuevo: —No se moleste, señora Brownrigg. Ha sido una pequeña trampa para su esposo. Ya saldrá..., con suerte. Espero que la tenga.

Brownrigg había pasado a un lugar a oscuras. De inmediato, recordó el nido de víboras, pero le pareció muy poco probable que todos los bajos, o sótanos, del rancho-albergue estuvieran llenos de aquellos nidos; por allí debía llegarse a alguna parte...

Estuvo unos instantes con la espalda pegada a la puerta, y luego, a tientas, sin conseguir habituarse a la penumbra, avanzó un par de pasos. Segundos más tarde, su rostro, sus cabellos, sus manos, se enredaban con algo... Algo muy fino, repulsivo. Algo de lo que era imposible desprenderse, pero sí podía romperse, rasgarse...

Lo comprendió: telarañas.

De súbito, apareció una luz que le hizo pestañear, cerrar los ojos un instante. Luego, aquel hombre lleno de vitalidad, cuando abrió los ojos de nuevo, lanzó un chillido de espanto, al verse envuelto en espesas telarañas..., con las correspondientes arañas, algunas de ellas con una panza como un garbanzo, y patas aterradoras... Arañas que avanzaban por sus respectivas telas hacia el intruso.

Brownrigg, enloquecido de pronto por el miedo, giró, rasgó los hilos, se llevó parte de telaraña y arañas, y corrió hacia la puerta, sacudiéndose, sufriendo espasmos, casi sollozando...

Cuando Laura estaba a punto de llamarle de nuevo, se abrió la puerta, y apareció el fantasma de Brownrigg, envuelto entre telarañas y arañas, sacudiéndose, sintiendo escalofríos... Cerró la puerta, y empezó a desprenderse a puñados de aquella maldición.

—¡Ayúdame, Laura! —gritaba—. ¡Ayúdame...!

Pero ella, paralizada por el miedo y el asco, era incapaz de dirigir las manos hacia aquellas arañas que, por fortuna para John, iban cayendo al suelo, y él las aplastaba, reventando aquellos vientres como garbanzos, triturando aquellas patas...

Quedo desgredado, sin color, jadeando, y miraba al espectro.

—¿Por qué todo esto...? —susurró—, ¿Por qué...? Ha matado a mi hijo, tiene un cuarto de millón de dólares... ¿Qué más quiere...?

—Se lo dije: saldar por completo la deuda. Me decepciona, me indigna, y... hasta me entristece un poco, comprobar la mala memoria de la gente, Brownrigg. Es cierto que estoy muy cambiado, pero..., ¿tanto? ¿No ve mi rostro? ¿No le dice nada, no despierta en usted ningún recuerdo? Sólo han transcurrido ocho años... Para mí, eternos, largos, sin medida; años como cientos de siglos... Para usted ha tenido que ser un soplo, una ráfaga de vida que ha pasado, sin más...

Iba desapareciendo el halo.

La luz era ya más natural.

Y los Brownrigg, entonces, podían ver bien a aquel hombre, sentado en su soberbia, comodísima, silla de ruedas. Allí, como en un trono, pero desencajada la faz por la ira; su ansiedad de costumbre había cedido, para dejar paso al odio intensísimo que deformaba sus facciones.

—Us-usted..., usted debe ser el señor Mifflin. El dueño de... —empezó Laura.

—Fantástica deducción, señora. La felicito. Pero soy alguien más, Mifflin es un nombre ficticio... Su esposo ya me ha reconocido. ¿No es así, Brownrigg?

—Rockwell... —susurró, con un hilo de voz, Brownrigg.

—Su seguro servidor, Brownrigg.

—Pero...—se humedeció los labios; es decir, fue sólo un intento, ya que tenía la boca muy seca.

—Siga, Brownrigg. ¿Iba a decir que yo estoy muerto?

Brownrigg miraba con extraña fijeza a aquel hombre, al falso Mifflin.

—Bien... Rockwell, hubiésemos podido arreglarlo de otro modo... —dijo, con voz apagada, baja, apenas audible—. Yo... reaccioné quizás alocadamente.

—No, no... Nada de eso, Brownrigg. Usted no es hombre que actúe alocadamente. Con saña, con maldad, con cinismo, sí. Pero nunca alocadamente. Usted meditó bien lo que debía hacerse. Y en lo tocante a mí, usted decidió que lo que había que hacer conmigo era matarme, borrar me del mundo de los vivos, de los parlantes, de los testigos...

—¡Y de los chantajistas! —masculló Brownrigg.

Se oyó, aflautada, rota, la voz de Laura:

—John..., John..., ¿qué significa...?

—Cállate, Laura.

Intervino también Rockwell, mirando a Laura. Dijo, con voz impersonal.

—No se haga la inocente, señora Brownrigg. Usted sabía, sabe, muchas cosas de su esposo. Lo sabe todo, o casi todo. No puedo por menos que considerarla tan culpable como él mismo. Usted, aunque ha sabido disimular su horror, por lo que veo, se ha amoldado a esa bestia que tiene por marido; se ha amoldado por comodidad, por falta de energía. Porque usted es una inútil; usted, señora Brownrigg, sabe muy bien qué clase de bicho es su esposo. Pero ha preferido ignorarlo, y vivir cómodamente, millonaria, respetada, digna... Cuando en el fondo son tan basura o más que yo, y tan asesinos o más que yo. ¿O me equivoco en algo?

Laura dejaba resbalar enormes lágrimas. Temblaba.

No se atrevía a mirar a John, ni al inválido.

Por su parte, Brownrigg, hallándose frente a un hombre sentado en una silla de ruedas, pensó que una reacción violenta por su parte sería suficiente para acabar con aquello que, ciertamente, había constituido una tremenda sorpresa.

—Si está pensando acercarse a mí, y estrangularme, Brownrigg, olvídelo —dijo, con una seca y torcida sonrisa, Rockwell—. No estoy solo. Mi silla es un interesantísimo artefacto. Además, Roscoe está detrás de ustedes.

Los Brownrigg giraron casi al mismo tiempo.

La incipiente expresión de incredulidad de Brownrigg se borró al instante.

Era cierto: allí, silencioso, con una pistola automática en la mano, y como asistiendo a una ceremonia sin importancia, estaba Roscoe; el hombre impasible, quieto, que les miraba sin la menor expresión en sus oscuros ojos.

Laura trató de avanzar hacia él.

—Roscoe..., usted no tiene por qué mezclarse en esto... Ese hombre, Mifflin, o Rockwell, está loco, y... Usted no sabe o que hay en este albergue. Usted...

—Cállese, señora. Lo sé muy bien. Deberían haber comprendido que gracias a mí han caído en todas las trampas. Soy yo quien espía, y puedo comunicarme a distancia con el señor Rockwell. Desde cualquier lugar de la casa, puedo hablar con él; hay aparatitos que, lo permiten con toda facilidad.

—Pero... Dios mío, ¿qué...?

—Yo espío, y cuando creo que él puede accionar las trampas, se lo comunico.

—No puede ser... Recibimos una nota de Gowand, sobre el

secuestro de...

—No sea torpe, no se aferre a los imposibles, señora Brownrigg —intervino, entonces, Rockwell—. La idea del secuestro y el consiguiente rescate me la proporcionaron ustedes mismos. Es decir, su esposo. Roscoe dejó la nota en su habitación. Ibamos a vengarnos, y además con un beneficio de doscientos cincuenta mil dólares... Por supuesto, para todo el falso tinglado del secuestro contábamos con la ausencia del señor Gowand, el padre de miss Gowand; era una buena baza en nuestro juego. Ustedes creyeron sin más que todo era cosa de ese pobre hombre, a quien no tengo el gusto de conocer, y a quien le devuelvo a salvo a su hija.

Laura se mordía los labios.

Sí..., era cierto: ella había elegido la comodidad, la vida entre millones, ignorando la bestia que era su esposo...

Y la primera consecuencia había sido la muerte, la pérdida, de Dave... Dave, el golfo incorregible que había salido a su padre, pero que ella adoraba, quizás para olvidar un poco que tenía que convivir con John Brownrigg.

Sí, la muerte de Dave, la primera consecuencia. La segunda, todo el miedo, la angustia, que aún estaba enroscada en torno a ella, como una monstruosa víbora opresora.

Luego..., iban a morir... John y ella. Los dos.

Miró a Brownrigg.

Le dirigió una mirada enrojecida, pletórica de un odio súbito. Con voz ronca, masculló: —Eres un maldito... ¡Te odio, te odio...! ¡Bestia, monstruo! Todo esto es por tu culpa, tu ambición, tu...

—Por favor, señora Brownrigg —cortó Rockwell—, me desagrada presenciar ese tipo de escenas familiares. Y no se esfuerce, puesto que, como he dicho, a usted la considero tan culpable como a su esposo.

—¿Y a Dave? —gritó Laura.

—¿Ese? Está bien así; muerto. ¿Para qué servía ese golfo? Sólo para mortificar y hacer desgraciadas a pobres chicas... Era tan bicho como las víboras que le hice aparecer en el cuarto de baño... Señora, si usted supiera en qué compañía ha tomado su baño ayer...

—Por favor, basta... ¡Basta...! —sollozó Laura.

—Sí... Y acabemos —agregó, ronco, Brownrigg, cuya estatura parecía haber disminuido.

—¿Tan fácilmente? —inquirió Rockwell.

—¡De una vez!

—Tómenlo con calma... ¿No quieren ver mímuseo? ¿No siente curiosidad por lo que ha sido de mí durante estos ocho años, Brownrigg?

—Ninguna. No me interesa.

—Vaya... Me he estado entreteniendo en cosas de loco... Soy

coleccionista, ¿sabe?

Tengo una especie de museo del crimen, del horror. Ya han visto un par de cosas; mis víboras, mis arañas... Tengo más... Alguna vez, para sobrevivir, para tener un poco de dinero, las he utilizado. Lo verán.

CAPITULO 9

EL inválido iba a hacer girar su silla de ruedas, pero algo le detuvo; su gris ceño estaba fruncido, mirando una leve luz verde que se había encendido en un puño del brazo derecho de su sillón. Rockwell contemplaba aquella luz, que los demás también veían.

Dijo, secamente:

—Alguien ha entrado, Roscoe. Está en el cuarto que ocupaban los Brownrigg.

—Es extraño...

—¿No ves la luz?

—Sí, señor Rockwell. Pero, ¿quién iba a entrar?

—¡Esto no falla! Quien sea, lo sabremos pronto. Los Brownrigg ignoran algunas particularidades de mi silla... Pronto tendremos aquí al intruso. Sube, Roscoe, y dime cuándo debo actuar.

—Sí, señor Rockwell.

Roscoe desapareció. Los Brownrigg, cabizbajos ambos, reflexionando sobre la escena de odio de poco antes, ofrecida por Laura, no sabían cómo reaccionar. Por lo demás, Brownrigg si bien no abandonaba la idea de salir de allí, no veía grandes posibilidades ya que la salida de Roscoe no podía dejar indefenso al inválido; era absurdo...

—Rockwell... —empezó Brownrigg—, Hagamos frente a la situación de un modo práctico... Usted parece conformarse con tres vidas, y un cuarto de millón de dólares. Yo puedo ofrecerle mucho más. Dos millones, Los tendría a su disposición antes de una semana...

—¿Dos millones y la vida de su esposa, Brownrigg? —inquirió el inválido—. Ya se aproximaría un poco más a mi idea de venganza.

Brownrigg miró a Laura.

Los ojos de Laura estaban muy abiertos, miraba con horror a su esposo.

—¡Está bien, acepta! —gritó, histérica—. ¡Lo estás deseando! ¿Qué es lo que te detiene...? ¿Qué puede importarte mi vida...?. Te basta con desprenderte de una parte de tu dinero, pero el caso es vivir, gozar. Eres repugnante... Acepta... ¡Acepta! Si... si saliéramos de ésta, ya no podría vivir a tu lado...

—No voy a aceptar, Laura... Yo...

—¿Por qué no? ¿Vergüenza, dignidad, algún cálculo...?

—Laura, no hables así... Después de todo, Rockwell, con respecto a tí, tiene razón. Has callado siempre. Con más o menos horror, que te

has ocupado muy bien de disimular, has ido viviendo de mi dinero, de mi generosidad...

—Si pudiera arrancar todo eso de mí...

—Es tarde, señora Brownrigg —intervino el inválido—. Además, deberán perdonarme, pero sólo ha sido una broma lo de que por dos millones de dólares iba a dejar escapar a Brownrigg. De aquí no saldrán con vida. De aquí... Esperen.

Se encendía otra luz.

El inválido rió de un modo extraño, y apretó algún resorte del brazo derecho de su silla de ruedas.

Volvió a reír.

Se encendió otra luz, y pulsó otro resorte; una nueva luz, y un tercer resorte.

Fue cuestión de tres minutos, al término de los cuales allí, al pasillo, cuando sin haber hecho el menor ruido aparecía Roscoe, el relativo silencio fue truncado por unos agudos gritos histéricos, de pavor; gritos ahogados, que debían provenir de alguna estancia, ya fuese la de las víboras, o la de las arañas.

El inválido dijo:

—Abre la puerta, Roscoe. Veremos quién es. Parece una mujer.

Roscoe abrió la puerta de la estancia de las víboras, y, de súbito, como un ciclón enloquecido, hizo su aparición Ivy Gowand; corriendo, aullando, con dos víboras en la pierna derecha, y otra en el brazo; tres viboreznos, en realidad... Sin ver a nadie, sólo atenta a su pavor, a la oscuridad de su cerebro, a su magullamiento, a aquellos viboreznos, Ivy los sacudía, los tocaba, los aplastaba con sus manos, con una repugnancia que le producía violentísimas arcadas...

Gritó, convulsa, ya libre de los viboreznos, que aún se movían cuando oyó la voz: —¿Usted, miss Gowand?

Miraba, dilatadas, enrojecidas, las pupilas, al inválido.

Temblaba.

No descubrió a Roscoe aún, puesto que estaba a espaldas de ella. Pero sí veía a los Brownrigg, con muy mal aspecto. Se dio cuenta de que la parte delantera de la cabellera de Laura estaba quemada; y tenía tiznajos, y las ropas sucias; Brownrigg en mangas de camisa, frío y pálido.

Miró al inválido, tratando de tragar saliva.

—¿Qué... qué significa esto, señor Mifflin...? —susurró.

—Significa que usted debería estar en estos momentos muy lejos de aquí; tan lejos, o más, como a medio camino de San Francisco. ¿Por qué ha regresado, miss Gowand?

—Yo...

—Roscoe y yo estábamos convencidos de haber tenido el suficiente poder de persuasión para alejarla de aquí. Y le explicaré el motivo:

usted, querida estúpida, es ¡inocente. Inocente. Y no queríamos hacerle el menor daño. ¿Queda suficientemente explicada nuestra actitud?

Ivy, estremecida aún, palidísima, miraba a todos alternativamente. Incluso descubrió a Roscoe, que estaba detrás de ella, con la automática en la mano.

—Roscoe..., usted..., usted es buena persona... Usted no puede...

—Hice lo que pude por alejarla, miss Gowand. Lo siento —cortó Roscoe.

—Pero..., ¿qué significa esto? ¿Qué...?

Laura avanzó un paso hacia ella. Rabiosa, masculló: —Significa, querida, que vamos a morir. Tú, mi esposo, y yo. Del mismo modo que ya han muerto Dave y el señor McLeigh. Y vamos a morir por mi culpa, y por culpa de... de ese gran hombre que ves ahí, convirtiéndose en una piltrafa por momentos: el gran John Brownrigg... —empezó a temblarle la voz—. Y... y... y yo no quiero morir... ¡No quiero!

¿Por qué he de morir? ¿Que pague él...! ¡El solo...! ¿Por qué yo...?

—¿Dave... Dave e-está... muerto...? —inquirió, casi sin voz, Ivy.

—¡Está muerto, sí! ¡Muerto, muerto, muerto...! —y Laura estalló en violentísimos sollozos.

Cohibido, John Brownrigg trató de hacer algo, abrazarla, consolarla, pero Laura chilló y se apartó de él, como si Brownrigg fuese una de aquellas horrendas víboras.

—¡No me toques! —chilló.

—Laura...

—Déjame en paz... He vivido cómodamente, sí, pero voy a morir del modo más cruel, por tu culpa... Y por tu culpa ha muerto Dave... —Y-yo... yo no entiendo nada... —sollozó Ivy.

—Yo le explicaré, miss Gowand —intervino el inválido—. Sepa una cosa, antes: su padre, el señor Gowand, demuestra, en verdad, un altísimo grado de dignidad, al tratar de impedir que usted entrase a formar parte de la familia Brownrigg. No sé hasta qué punto el señor Gowand está enterado de la vida de Brownrigg, aunque no creo que conozca todos los detalles. Su padre, miss Gowand, tiene todos mis respetos, y... es una verdadera lástima que usted haya regresado...

—El señor Brownrigg es un intachable hombre de negocios, señor Mifflin —dijo, con una floja vocecilla, Ivy—, Es una familia honorable, que...

—Hija, cálese. Me ve en una silla de ruedas, ¿no es así?

—Bien...

—Sí, ¿verdad? —gruñó Rockwell—, Vaya preguntándose quién es el culpable.

—¡No sé...! ¡Todo esto no tiene sentido, y...!

—Lo tiene. El culpable está ahí, convertido en una piltrafa: míster

Brownrigg. El, y el asesino profesional que envió a matarme... Me clavó tres balas en la espalda, pero por lo visto, soy lo bastante duro... Estoy vivo, pero condenado a rodar en una silla, sin poder utilizar mis piernas; las tres balas en la espalda determinaron la inmovilidad de mis piernas, su paralización.

Ivy dirigió una rápida mirada llena de horror a Brownrigg. Y musitó: —Desmiéntalo... No es posible... Diga algo, señor Brownrigg.

Se intensificó el silencio en el lóbrego corredor.

Por fin, le truncó la risa áspera a Rockwell: —No puede desmentirlo, miss Gowand.

—Envío a un asesino profesional contra usted...

—Sí,

—Pero...

—En su descargo, Brownrigg puede alegar que yo era una sanguijuela, un maldito chantajista, bastante molesto. Pero no iba a arruinarle. A él le hubiese bastado con pagarme módicas, razonables, cantidades mensuales, para que pudiera vivir con toda tranquilidad...

—Y usted le chantajeaba... ¿Por qué? —inquirió Ivy.

Rockwell miró con fijeza a Brownrigg.

—Se lo diré, miss Gowand —musitó—. Ahí le tiene; el hombre poderoso..., y digno, según usted. Intachable. Sólo que con mal genio. Pues no. Es una fiera... Hace nueve años, el señor Brownrigg, que era apenas nadie, empezó a sentir grandes ambiciones, en todos los terrenos. Entre ellos, la política. Yo era amigo suyo..., ¡qué estúpido! Me mezcló en sus planes. El señor Brownrigg participaba en una campaña, para elecciones de Gobernador del Estado. El señor Brownrigg, inteligentísimo, decidió apoyar a un candidato, multimillonario, pero sin la menor posibilidad de alcanzar el cargo. Un hombre desconocido, que dejó en manos del inteligentísimo Brownrigg grandes cantidades de dinero, que debían emplearse en campañas publicitarias, de captación...

—Y usted le chantajeaba por eso...

—El señor Brownrigg engañó a media California, obtuvo fondos no sólo de ese candidato, sino engañando a desdichados, que creían en su propaganda; montó un tinglado de embustes y falsedades..., tanto que incluso cayó en el ridículo, y su candidato se retiró, convencido de su fracaso, y dando por perdido el dinero, que estaba íntegro en manos de Brownrigg. Entonces, éste, sí pudo prosperar, colmar sus ambiciones, pisar, engañar, hundir, comprar, reventar... Entonces, fue cuando adquirió sus campos de uva de mesa; fue cuando consiguió su poder, su honorabilidad..., prescindiendo de los amigos.

¿No cree, miss Gowand, que yo debía haber participado en alguna medida de todo eso?

—No es mejor que él, entonces, si quería participar de la estafa —

musitó Ivy.

—Claro que no. No lo he pretendido en ningún momento. Pero puesto que se resistía, me oculté, y me dediqué al chantaje. Hasta que me envió a su asesino... Y desde hace ocho años, el señor Brownrigg vive en paz. Hasta consigo mismo. Como las bestias, que no tienen noción del bien y del mal... Ha vivido satisfecho, feliz, criando un golfo con ese dinero obtenido con mentiras y engaños; robando. Y ha mantenido un prestigio, una familia llena de basura... Nadie le quiere; ni su mujer, ni le quería su hijo... ¿Quién va a quererle?

—Usted..., usted es un menstruo, señor Mifflin... —dijo, con voz temblorosa, Ivy—, ¿Por qué matar a Dave...?

—Mala semilla.

—Pero...

—Usted debería agradecermelo.

—Está loco...

—Tal vez. Ocho años rodando en una silla, es para volverse loco. Ocho años. Al principio, me arrastraba; luego, pude encaramarme en una silla para rodar; cuando conocía Roscoe, las cosas mejoraron. Y ahora, me siento sobre un artefacto lleno de controles, mediante los cuales domino todo el albergue. Aquí he cometido algún robo importante, algún crimen... Aquí viene gente que se oculta, ¿comprende?

—Dios mío... Usted... usted...

—Y la gente que se oculta, es la más conveniente para mí. Si no vuelve a aparecer, sólo la policía, o alguien engañado, lo tiene en cuenta. Si es la policía, el caso va a archivo: desaparecido. Si es algún particular, acaba olvidando. Por eso tengo el albergue lleno de trucos. Y aquí está mi museo del crimen...

—¿Pero todo eso qué tenía que ver con Dave? —sollozó Ivy.

—El azar, querida niña; el azar... Dave Brownrigg, huyendo con su novia... Decidí matarle. Aplastarle. Las víboras se encargaron de él...

—No es posible... No es...

—Luego, siempre el azar, siguió ayudándome... Los Brownrigg, sin que nadie le llamase, sin que mediase más que el azar, se presentan aquí; caen en mis manos, en mis trampas... El señor Brownrigg va a pagar ahora.

—Pero la señora Brownrigg no...

—Ella sabía cómo y qué era su esposo. Su primera joya la consiguió con fondos de esa campaña, y no despegó los labios; la aceptó con una sonrisa tan ancha...

—Es humano. Es...

—Es culpabilidad, miss Gowand.

—Está exagerando su venganza; está loco...

—Tal vez mister Brownrigg prefiera pasar ocho años en una silla

de ruedas; es decir, los primeros arrastrándose, y luego poder trepar a una maldita silla... ¿Lo prefiere, Brownrigg?

Brownrigg no despegó los labios.

—¿Lo ve? Dice que no —sonrió forzosamente Rockwell.

—Y-yo... yo quiero salir de aquí... —suplicó Ivy, retorciéndose los dedos de ambas manos.

—¿Por qué entró de nuevo, miss Gowand?

Ivy vaciló; reflexionaba.

Si decía que se había descubierto cómo se deshacían del auto de los Brownrigg, quizás se asustaran, y podían precipitar el final. No iba a decir una palabra sobre el asunto.

Recurriría a una explicación que ellos creerían. Musitó: —Volví por Dave... Creí que..., estaba convencida de que regresaría tan pronto estuviera en libertad, tras ese falso secuestro... Por eso volví. Yo quería esperarle aquí...

—Repito: lo siento. Usted lo ha visto todo, miss Gowand. Y aún verá algo más. Caminen —Obedezcan—sonó, detrás, la voz de Roscoe.

Ivy giró; miró con súplica a Roscoe.

—Roscoe..., usted me ha tratado bien, ha sido amable conmigo... Usted...

—He hecho lo que he podido por usted, miss Gowand. No puedo hacer ya nada más.

Obedezca. Y ustedes. Echen a andar.

De pronto, Laura pareció enloquecer.

Tan frágil, con aquellos tiznes, el cabello quemado, los ojos enrojecidos... Tal vez algo falló en su cerebro.

Laura se resistía. Laura trató de correr hacia el inválido, y salvar aquel obstáculo como fuese. En definitiva, no era más que un tullido en una silla de ruedas, y le arrancaría los ojos con las uñas si se resistía... O a mordiscos; como fuese, pero quería salir, huir...

Y se lanzó, gritando, aullando, hacia adelante, hacia el inválido.

Roscoe iba a apretar el gatillo de la pistola, pero vaciló al interponerse Ivy, involuntariamente, eso; Ivy sólo pretendía detener a Laura, pero ésta se convirtió en un aullante vendaval.

Y estaba ya a la altura del inválido, que colocó la silla, con un solo y leve movimiento, obstruyendo el camino.

Laura, con la boca llena de espuma, gritando, enloquecida, alargó las manos, las destrozadas uñas, hacia la cara de Rockwell. Y ocurrió entonces; el inválido no se dejó tocar. El inválido sólo tenía que apretar un pequeño resorte, para que la silla, alguno de sus trucos, entrase en acción.

Apareció, de la punta del brazo derecho de la silla una lanza tremenda, lanzada a gran presión, que quedó empotrada en el vientre de Laura; quedó allí, colgando, dando la vuelta, mientras que el

inválido hacia girar la silla, y Laura, en la agonía, sin tocar los pies al suelo pataleaba, llena de dolor y angustia, hasta que el pataleo cesó.

Rockwell, entonces, apretó de nuevo el resorte, la lanza desapareció, y el cadáver, sin sostén, cayó al suelo, a los pies inmóviles de Rockwell.

—La pistola que empuña Roscoe es sólo por si intentaran retroceder —explicó, con voz sin matices, sin la menor alteración, Rockwell—, Yo no necesito esa clase de protección.

Brownrigg caminaba por puro automatismo.

Ivy, muy abiertos los ojos, llena de espanto, avanzaba sin poder dejar de mirar el cadáver atravesado de la señora Brownrigg. Los viboreznos sueltos en el pasillo, avanzarían hacia ella...

CAPITULO 10

LE seguían como hipnotizados; no fueron muy lejos.

El inválido detuvo su silla frente un resorte. Brownrigg no vio que ocurriese nada, pero Ivy y Roscoe, que estaban de a Brownrigg, y dijo: —Podría darle a elegir entre las tres puertas, Brownrigg. Aquí hay murciélagos hidrófobos, familia vampiros, por supuesto. ¿Se atreve a elegir? expresión de Rockwell, Roscoe e Ivy, y fue la actitud de ésta la que le hizo mirar de desfallecer.

—¿No dice nada, Brownrigg? —insistió Rockwell.

—Haga... haga lo que quiera... —musitó Brownrigg.

—Me gustaría verle patalear un poco.

—Le ofrezco toda mi fortuna, Rockwell... ¡Todo!

—Hay placeres que no tienen precio, pero... Siga insistiendo, si cree que con ello va a obtener algo. Intente convencerme, suplique; arrástrese un poco...

—¡Acabe de una vez! —estalló, con voz quebrada, Brownrigg.

—Por favor... He soñado con esta venganza. Insisto en que se ha producido, ha llegado la oportunidad, sólo por azar. Porque su hijo llegó aquí oculto con una muchachita. Sólo por eso. Tengo en mis manos los medios para un desquite; y hasta espero que, en lo sucesivo, me moleste menos la silla de ruedas...

—Usted sabe que eso no es cierto —dijo Ivy.

—¿No? ¿Por qué no estará usted en San Francisco, miss Gowand? Pero dejemos ya eso.

¿Se decide por los murciélagos rabiosos, Brownrigg? ¿No? Hay más cosas... Ya le he dicho que es como un museo... Aquí tengo armas utilizadas para matar; cada uno de los objetos que verá ha cometido un crimen... No todos son míos, pero desde hace ocho años me obsesiona lo espeluznante. Es por esa puerta. Roscoe, enciente la luz, por favor; mostremos nuestro museo a Brownrigg.

Roscoe avanzó.

Con la zurda abrió la puerta, y encendió la luz.

—Pasen—ordenó Rockwell.

Entró Brownrigg en primer lugar; luego, más atemorizada por momentos, Ivy. Esta, obviamente, estaba muy arrepentida de haber tomado la decisión de regresar. Pudo esperar con el guardabosques la llegada de la patrulla, e informar sobre lo que creía saber del “Jaguar” hundido. Por otra parte, cuando llegó al rancho-albergue, pudo abstenerse de entrar por un hueco raro que había en la habitación que

supuso del señor Mifflin, tras haber registrado en vano toda la casa.

Y ahora se encontraba en una estancia donde había pistolas, carabinas, cuchillos, punzones, garfios, sogas, venenos... Todo estaba distribuido en vitrinas, toscas, antiguas, que encerraban el macabro arsenal..., lo que Rockwell llamaba su museo... Cada arma de aquellas había servido para cometer un crimen, o más.

Y algo más, que hizo gritar a Ivy; un grito mal contenido, brusco, corto. Era un gran vampiro muerto, que colgaba del techo, desplegadas las alas, mostrando una notable envergadura.

Había algunas sillas en la estancia; todo viejo, rancio, desvencijado.

Con un Índice rígido, James Rockwell mostró una de ellas a Brownrigg, y dijo: —Siéntese. Es la silla de los condenados. Como ve, en tiempos fue una silla de ruedas.

¡Siéntese, Brownrigg!

El tipo, como anonadado, sin salir de su marasmo, muy aturdido, se encontraba sin fuerzas para desobedecer.

Iba hacia la silla, como un reo resignado; quizás en aquellos momentos su mente estaba más ocupada por el pasado inmediato que por el futuro; un horrisono pasado inmediato: el cadáver de Dave, las víboras, las arañas, la muerte de Laura, las palabras de ésta, su odio... Brownrigg hubiese tenido que ser mucho más fuerte, firme, de lo que era, para soportarlo con entereza.

Se sentó.

—Usted, miss Gowand, en la silla que hay junto a Roscoe.

Una silla corriente. Roscoe se movió un poco, para permitirle el paso.

Ivy vaciló, pero sus pasos la dirigieron hacia aquella silla; se sentó, junto a Roscoe.

Todos, en aquellos momentos, estaban frente a Brownrigg.

Rockwell musitó:

—A pesar de todo, no soy un hombre cruel; no voy a prolongar su agonía, ese miedo que late en sus ojos, Brownrigg.

Y tocó un nuevo resorte de aquel brazo derecho de su silla de ruedas que, por lo visto, era un completísimo complejo de controles remotos; todos los mandos estaban allí, a su alcance, sin el mínimo esfuerzo.

En cuanto tocó el botón, Brownrigg se sintió apresado en la silla. Su tronco quedó rodeado por una abrazadera metálica, que le oprimía, que apenas le permitía respirar; si acaso, patalear un poco, pero Brownrigg prefirió gritar, intentar lo que fuese, convencer a Rockwell:

—¡No sea loco...! ¡Puede ser millonario...! Mi fortuna se calcula en...

—No me lo diga, Brownrigg —cortó Rockwell—, Prefiero no

saberlo. Es muy poco probable que llegara a sentirme tentado por su fortuna, pero nunca se sabe el límite de la debilidad humana... Por otra parte, la repentina aparición de un inválido millonario, disfrutando de la fortuna de los Brownrigg, sería muy sospechosa, ¿no cree? Prefiero vivir aquí, sin ver mucha gente, en mi museo, con mis bichos... Creo, después de todo, que no soy mejor ni más humano que ellos. Yo también formo parte del museo, Brownrigg.

—Piénselo... No quiero morir, Rockwell... ¡No quiero morir! —se desmoronaba Brownrigg.

—¿Y cree que yo sí quería verme sentado para toda la vida en sillas de ruedas?

—Es distinto... La vida...

—Ya basta. Acabemos.

De su complejo electrónico empotrado en el brazo derecho de la silla, tocó un resorte.

Brownrigg no vio que ocurriese nada, pero Ivy a Roscoe, que estaban de frente, sí lo vieron; del techo, de pronto, se descolgaba algo; algo que hizo cerrar los ojos a Ivy, con un gemido: era una recia sogá, con un perfecto nudo corredizo.

Brownrigg no veía que ocurriese nada, pero sus ojos saltones espíaban la expresión de Rockwell, Roscoe, e Ivy, y fue la actitud de ésta la que le hizo mirar hacia arriba. Y cuando vio el nudo corredizo, gritó, quiso apartar la cabeza, hurtar el cuello de la mortal amenaza, pero fue en vano; la sogá acabó deslizándose con rapidez, y el lazo quedó en el cuello de Brownrigg, impotentes sus brazos, sus manos, para arrancarlo de allí.

—También forma parte de mi museo —susurró Rockwell—, Adiós, Brownrigg: así tenía que acabar lo nuestro...

La sogá empezaba, por un mecanismo oculto, que sólo Rockwell podía controlar, a izarse; con ella, tan fuerte era, la pesada silla, y el cuerpo de Brownrigg. No obstante, un segundo más tarde se soltaba la abrazadera, y Brownrigg era izado de la silla; izado hacia el techo, pataleando; cada vez más alto, y más... Sus convulsiones eran desesperadas.

Ivy parecía hipnotizada por aquel rostro amoratado, aquellos saltones ojos...

No podía más.

Tenía que hacer algo.

No quería morir allí, ahorcada, o mordida por vampiros, o víboras, o bajo la picadura de las arañas... O asesinada por cualquier objeto utilizado ya una vez para matar...

Aprovechó bien el momento, puesto que Roscoe estaba pendiente de Brownrigg, como el propio inválido.

Saltó de la silla, y corrió hacia la puerta.

Salió de la estancia cuando oía el grito furioso de Rockwell: —¡Que no escape, Roscoe!

La joven Ivy corría. Corría, corría... Como loca, con todas sus fuerzas, con el miedo formando un peso en su vientre, poniendo lastre de plomo en sus piernas... Y con las pisadas de Roscoe detrás, gritándole que se detuviera o dispararía.

Ivy no hizo caso alguno. Ojalá disparase. Ojalá. Era lo mejor que le podía ocurrir: muerta a balazos, sin agonía, sin más horror ni sufrimiento.

Por otra parte, no sabía por dónde huir; no sabía cuál era el final ni el principio del pasillo. No obstante, pese al pánico que sentía, quedaba un resquicio de lógica en su mente; tenía que haber alguna desviación que condujera al hueco que había visto en la habitación del inválido. ¡Tenía que haberlo! No sabía si iba de cara a esa desviación, o por el contrario corría sin esperanza, irremisiblemente perdida.

Descubrió, por el empeño de Roscoe, que jadeaba detrás de ella, por los recovecos, que podía estar en el buen camino, lo cual hizo que sus piernas cobrasen una ligereza especial; mero instinto de conservación; tenía que correr como nunca, reventarse los pulmones allí...

Llegó a una zona oscura; allí no llegaba la tenue claridad del pasillo.

—¡Deténgase, Ivy! —oyó la voz furiosa, restallante de Roscoe.

No hizo el menor caso.

Se zambulló en las sombras.

Estuvo a punto de caer, porque allí el suelo no era llano; ascendía. Era como... una rampa. Exacto: una rampa. Y el resquicio, el hueco que el miedo dejaba para la lógica en el cerebro de Ivy actuó: ¡Por aquella rampa debía descender con su silla el inválido, aquel loco asesino!

Y subió.

Jadeando, con los pulmones ansiosos, el corazón enloquecido.

Roscoe llegó al borde de la rampa un poco más tarde; no podía con la ligereza de Ivy. Y

desde abajo, empezó a disparar. Primero, porque como fuese tenía que impedir que saliera de allí. Segundo, porque los fogonazos le proporcionarían alguna claridad.

Fue así, en efecto; a la lívida luz de los fogonazos, vio a Ivy, ilesa, muy arriba ya de la rampa, a pocas yardas del hueco que la dejaría en la habitación de James Rockwell.

Roscoe, entonces, inició también la ascensión.

Ivy, a reventar, sin resuello, empapada en sudor, subía, subía; allí estaba el hueco...

¡Estaba a salvo! Si pudiera llegar a su auto... Estaba allí mismo,

frente a la terraza...

Llegó al cuarto de Rockwell, y lo atravesó como una exhalación, oyendo detrás las fuertes pisadas de Roscoe, que debía estar dejando en el ascenso los pulmones.

Tras atravesar el cuarto, salió al pasillo, y de allí al solitario vestíbulo-salón. Nunca creyó que llegaría a alegrarse tanto de verlo de nuevo... Y poco después, estaba en la terraza; allí estaba el auto. Quizás Roscoe llegase antes de que ella lo pusiera en marcha...

Y llena de zozobra pensando en eso, no vio ciertos detalles.

No vio, por ejemplo, a aquellas dos sombras que aparecían en la terraza. Dos sombras que la agarraban, la inmovilizaban, y una mano la amordazaba, al mismo tiempo. Sus ojos estaban a punto de brotar de las cuencas; necesitaba abrir mucho la boca para respirar, para inundar de aire sus pulmones. ¿Quiénes eran, qué querían...?

Pataleaba, desesperada, en brazos de dos hombres...

La trasladaron a un extremo de la terraza, a oscuras.

Oyó:

—Ahí sale un tipo, también corriendo. ¿A qué demonios juegan, pregunto yo, Oscar?

—¡Yo qué sé...! Eh, el tipo va armado, Wilbur... Atención.

—Los demás deben haberle visto también... ¡Mira!

Roscoe, en efecto salió a la terraza, y sin pensarlo lo más mínimo corría hacia el “Hillman-Minx” detenido a escasa distancia. Pero a medio camino entre el auto y la terraza, fue atrapado por un vivo foco de luz, al que se sumó un segundo y un tercero, dejando a Roscoe quieto, resollando, sudoroso, inmóvil, cegado por aquella intensa luz, sin comprender nada.

—¡Suelte el arma! —le gritó alguien.

Roscoe, rabioso, no sólo trató de retroceder, huir de la luz, sino que, lejos de obedecer la orden, utilizó el arma.

Hizo fuego varias veces, en especial tratando de alcanzar a quien le había dado la orden.

Le respondieron al fuego.

Quizás se precipitaron un poco, pero le respondieron al fuego, y Roscoe, en medio de los conos de vivísima luz, inició una extraña y macabra danza; de un lado a otro, girando, disparando al aire y al suelo.

Hasta que, por fin, derribado por los impactos, pareció aterrizar, y quedar de cara al oscuro cielo, con los ojos abiertos, materialmente cubierto de sangre.

Aparecían tres hombres, que iban hacia allí, aún con sus armas de reglamento en la mano; humeantes, calientes.

Los dos hombres que sujetaban a Ivy aflojaron un poco la presión, la permitieron respirar. Ivy, desfallecida, entrecortadamente, se

disparó; ese musculito que es la lengua apenas puede estarse quieto:

—¡Tiene que entrar y detener a Rockwell! ¡Es el asesino...! ¡Es un monstruo, una fiera...!

¡El y su silla de ruedas...! ¡Ha matado a todos los Brownrigg...! ¡A todos...! Lo del coche ya puedo explicarlo... Fue Roscoe... —lo señalaba con un tembloroso dedo—. Para borrar pistas, para que no se supiera jamás lo ocurrido con los Brownrigg, fue a arrojar el auto al lago... Fue el, sí... Y... y...

La miraban sin entender palabra.

No obstante, Oscar dijo:

—Echaremos un vistazo ahí dentro, Wilbur. Te lo he dicho muchas veces: no me gusta este lugar, este albergue...

—Está lleno de víboras, arañas, vampiros..., un museo de asesinos, empezando por el dueño...—sollozaba, desatada, Ivy.

—Cuida de ella —gruñó Oscar.

Se reunió con los demás, y dijo:

—Adentro. Creo que hemos de encontrar a alguien más.

Ivy tiraba de Wilbur; apenas podía hablar, pero no quería que aquellos policías se limitaran a un vistazo de rutina, tomándola a ella por loca.

En unos instantes, todos los policías, arma en mano, estaban en el vestíbulo, con Ivy.

Y todos oyeron el rápido deslizarse de algo; la silla de ruedas.

Allí llegaba el inválido, desencajada la faz por la ira, en espera de que Roscoe hubiese terminado el trabajo; pero le pareció haber oído un número excesivo de disparos... Sí, casi volaba con su silla de ruedas, hasta que al pasar al otro lado de la cortina, quedó cortado, parado casi en seco, al ver allí cinco policías, con Ivy.

Ella le señaló, y chilló, histérica:

—¡Es él...! ¡Un monstruo, un asesino...!

El asombro dejó a los policías inmóviles.

¿Aquel inválido?

Probablemente aquella guapa rubia había perdido el juicio.

No obstante, avanzaban.

El rostro de Rockwell, alias Mifflin, se transformó, entonces. Apareció una mueca diabólica en su faz, y le refulgían los ojos.

—¡Cuidado al acercarse, tiene mucho trucos en esa silla! —gritó Ivy.

El inválido quedó en suspenso dos segundos. Luego, como si fuese un gesto natural, se pasó una mano por el rostro, la boca...

Nadie entendía, pero se iban acercando; le acosaban, le acorralaban.

Hasta que Oscar masculló:

—¡Nos la ha jugado! ¡Su cara se está volviendo azul! ¡Ha tomado

algo...! ¡Hay que...!

—¡Cuidado! —gritó otro policía.

Rockwell elegía su final. Por sí mismo. No quería ser detenido. No quería ser conducido a la Corte en una silla de ruedas... No quería despertar la compasión y el asco de la gente. El se juzgaba, él se ejecutaba. Siempre estuvo preparado para aquel momento...

Era un truco más. Primero, la píldora que mataba; en dos minutos estaría muerto.

Luego...

De ahí el grito del policía, dando la alarma.

Y los demás retrocedieron cuando, de súbito, con sólo apretando un resorte de su asombroso complejo electrónico de la silla de ruedas, el inválido provocó un cortocircuito en todo el complejo, con estallido y llamaradas.

Unas llamaradas que en cuestión de segundos le envolvieron completamente; a él solo, con su silla.

Allí estaba, en la entrada del pasillo, a solas, envuelto en llamas, con el rostro impávido, abiertos los ojos...

Ya estaba muerto. Se defendía aún, rodeado de llamas, ofreciendo un impresionante espectáculo.

—Deberíamos hacer algo...—susurró un policía.

—Está muerto, me parece...

—Apaguemos el fuego.

Cada vez era más insoportable el espectáculo, y el olor.

En una jaula de llamas... Aquel era el final.

Y los policías oyeron el choque de un cuerpo contra el suelo.

Miraron con lástima a Ivy Gowand. Pobrecilla..., no había podido resistir el final del espectáculo. Allí estaba, desvanecida, liberada.

*

El señor Gowand estaba de mal humor; gruñó: —Era un gamberro, Ivy... Esos muchachos de las motos... ¡Zas! me ha fastidiado una pierna. Pero..., ¿no crees que has tardado mucho en venir a verme al hospital? Llevo ya cuatro días aquí con la pierna escayolada, y he llamado a casa un millón de veces... ¿Qué has estado haciendo?

—Entonces..., te atropelló una moto, papá...

—¡Un gamberro, te lo digo yo!

—Dios mío...

Ivy cerró los ojos.

Estaba allí, en el aséptico cuarto del hospital, a solas con su padre.

El señor Gowand la miraba un tanto ceñudo, con aire suspicaz.

—¿Puede saber qué te ocurre? —inquirió.

—Nada... Nada, papá...

—¿Dónde te has metido? ¿Por qué no respondías al teléfono?

La congoja, en aquellos momentos, no dejaba hablar a la joven Ivy,

que se mordía los labios; se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Demonios... Si lloras por mí, no es necesario, pequeña —dijo, con tono más suave, el señor Gowand—, ¿O es por otra cosa?

—Yo... Papá, yo...

El hombre se puso serio.

—El golfo de Dave, ¿eh? —gruñó—. Te lo he advertido infinidad de veces. ¿Qué te ha hecho?

Ivy se mordía los labios.

Gruesas lágrimas seguían resbalando por sus pómulos.

Se le dilataron las pupilas, al recordar todo el horror que llegó a encerrar aquel rancho-albergue-museo...

—Nena..., ¿es grave? —inquirió, preocupado, el señor Gowand—. ¿Acaso ese... ese..., tipo, se ha atrevido a...?

Ella negaba con movimientos de cabeza.

—No es lo que crees, papá... —dijo, con voz ahogada.

—Entonces, ¿qué? Deberías estar contenta. El gamberro de la moto pudo matarme, el muy... Y he salido bien librado. Y tú llorando. ¡Y yo te exijo que me expliques de una vez qué sucede, y qué has hecho estos días, y dónde has estado! —se encrepó el señor Gowand.

—Yo... Y-ya... ya te contaré... Ha sido horrible...

—Me estás preocupando, Ivy. Por favor...

—Es... es increíble. Parece de pesadilla, papá...

—Ahora me asustas. Habla. ¡Habla!

La joven Ivy Gowand no pudo hablar.

Estaba estrangulada por las lágrimas, por el recuerdo de aquel horror.

Lo único que pudo hacer Ivy fue abrazarse a su padre, y humedecerle el rostro con sus lágrimas; apretarse contra él, y llorar. Muda, llorosa, horrorizada aún...

Ya le contaría a su padre lo del museo...

F I N

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
CASTELLANA



Distribuidores
exclusivos en América
EDITORIAL AMERICA, S.A.
6401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

EDITORIAL CASTELLANA

15 Ptas.